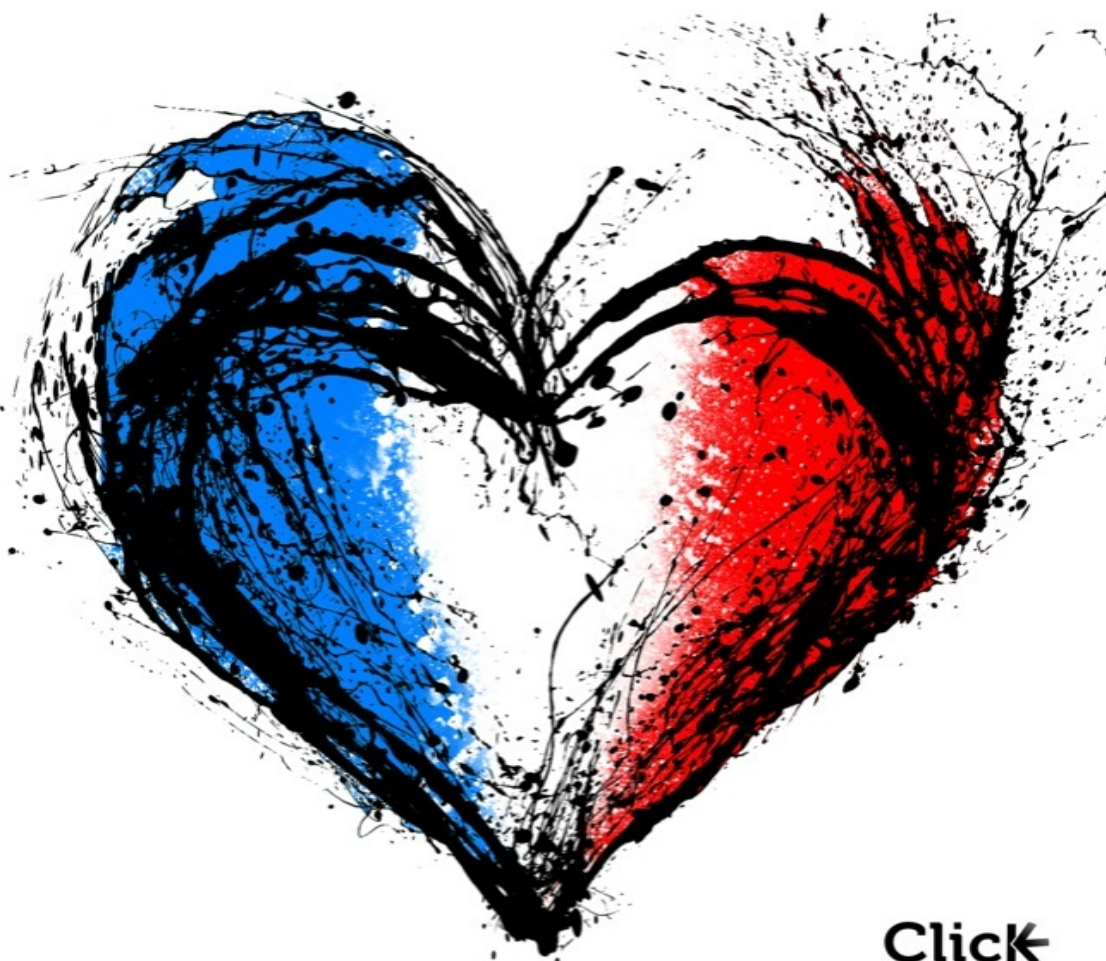


EL PRISIONERO

JUAN GALLARDO - RAFAEL AVENDAÑO



Click
EDICIONES

Índice

Sinopsis

París. Amor infinito

1. Antes. Iraq. Lo inevitable
20. Presente. Houston, Texas. La desesperación de Sören
2. Antes. Iraq. ¿Con qué sueñan los psicópatas?
21. Presente. Houston, Texas. The Plot Thickens
3. Antes. Iraq. Sócrates tenía razón
22. Presente. Houston, Texas. La dialéctica de Landa
4. Antes. Iraq. Feliz Navidad
23. Presente. Houston, Texas. El mito de la caverna
5. Antes. Iraq. a. G. / d. G.
24. Presente. Houston, Texas. ¿Es todo relativo?
6. Antes. Iraq. Errad, funestos y malditos
25. Presente. Houston, Texas. Ramos de rosas
7. Antes. Iraq. 80/20
26. Presente. Washington. El desprecio
8. Antes. Iraq. Comida a domicilio
27. Presente. Washington. Recordando a Abraham
9. Antes. Iraq. Obsolescencia programada
28. Presente. Washington. Los ojos del Sapo
29. Presente. Washington. Dentro de la caverna, y sin mitos
10. Antes. Iraq. El precio de la fama
30. Presente. Washington. Malditos bastardos
11. Antes. Iraq. El pasto más verde
31. Presente. Washington. El baile de los agentes
12. Antes. Iraq. La distancia infinita

32. Presente. Washington. El amor de los sofistas
13. Antes. Las puertas de la percepción
33. Presente. Washington. El alijo humano
14. Antes. Desierto de Texas. La cadena de la conciencia
34. Presente. Washington. El eterno retorno
15. Antes. La oportunidad
35. Presente. La estética de la supervivencia
16. Antes. Hacia la Casa Blanca
36. Presente. Las sombras de la caverna son reales
17. Antes. NEN
37. Presente. El olvido circular de Kafka
18. Antes
38. Presente. El cabo suelto
19. Antes. Justo antes
39. Presente

Biografía

Créditos

Click

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

París, 13 de noviembre de 2015. Amas tanto a tu esposa que decides demostrárselo sorprendiéndola con un fin de semana romántico en París. Tras un día mágico entre museos, barrios bohemios y música de acordeón, cenáis en un restaurante no menos mágico en el que la comida se sirve en la oscuridad. Decides poner el broche a un día perfecto invitándola a un concierto de rock de su banda favorita en una famosa sala parisina, la sala Bataclan.

Días después, Paul Hébert, un periodista francés que cubre un reportaje en Iraq para un periódico americano, nos narrará en primera persona las circunstancias de su secuestro por un grupo yihadista. Arrodillado en una fila de prisioneros, los terroristas se disponen a cortarle el cuello. Paul se enfrenta a sus últimos segundos de vida mientras intenta, desesperado, encontrar un modo de escapar a lo inevitable.

Armado con su ingenio y su erudición cinéfila, y utilizando su sentido del humor como su mayor fuente de fuerza, Paul incubará un plan absolutamente demencial para construir una fantasía alrededor de los yihadistas y escapar a una muerte segura.

Han pasado tres meses y Paul recobra el conocimiento sano y salvo en un hospital, aunque no recuerda nada de lo sucedido durante su cautiverio. La opinión pública ha seguido su secuestro y Paul se ha convertido en una celebridad. Las circunstancias de su liberación son un misterio. En su teléfono móvil, Paul encuentra un vídeo donde se ve a sí mismo encapuchado y vestido como un terrorista, proclamando la amenaza de una devastadora bomba en el corazón de Estados Unidos.

La amenaza es real y para desactivarla Paul tendrá que seguir sus propios pasos y reconstruir su demencial plan de fuga. Sin embargo, por cada descubrimiento de su pasado olvidado encontrará una nueva amenaza en el presente. Es el comienzo de una carrera psicológica de obstáculos que llevará a Paul de Houston a Washington y finalmente a París, a la noche de los atentados y a comprender que su destino está trágicamente unido al de aquella pareja de enamorados.

Y es que nada ni nadie, ni siquiera él mismo, es lo que parece ser.

Con un final sorprendente, *El prisionero* es una novela construida alrededor de un delirio ingenioso, con una mecánica del suspense que sorprenderá al lector una y otra vez y le hará sumergirse en las oscuras profundidades del alma humana donde el amor, el odio, el deseo de venganza y la lucha por la supervivencia se revelan como los verdaderos motores de la historia.

París Amor infinito

Cenas en la más absoluta obscuridad, y es una sensación tan extraña la de no poder ver ni siquiera tu tenedor mientras se clava en la carne de un delicioso filete *mignon* marinado al whisky... Su olor te envuelve antes de llevártelo al paladar.

¡Ding, ding!, hacen los cubiertos al rozarse.

Risas burbujeantes desde la mesa contigua.

—¡Hummmmm! —escuchas frente a ti; es la voz de tu mujer.

—Adivino que te está gustando —dices sonriente, aunque tu sonrisa es invisible en la obscuridad.

Tu mujer se ríe divertida. Escuchar su risa al otro lado de lo oscuro es demasiado maravilloso para explicarlo con simples palabras.

—Muchísimo —te responde, y su voz te estremece como antes.

Esa es la idea, precisamente: en la obscuridad (siempre escribes obscuridad con *b* porque te parece que sin la *b* la oscuridad es menos oscura) se agudizan los sentidos, y la carne sabe mejor, y la ensalada, hasta la bebida; aunque a ti lo que más te está agudizando es la sensación de amor que te desborda cuando escuchas la voz de tu mujer, aún más sensual cuando no puedes espiarla con los ojos.

La crema de champiñones..., ¿para qué hablar de ella? ¿Quién se podía imaginar que tal amalgama de sabores podían desprenderse de unos simples hongos?

Tu mujer, sin embargo, se ha decantado por el pollo con pasta, más mediterráneo, más italiano; a ti, esta noche al menos, y después del día que has pasado, te fascina comer la comida más francesa posible.

Eso sí, tienes que tener un cuidado tremendo para no tirar la copa de vino cada vez que quieres darle un sorbo a tu Bourgogne Pinot Noir.

Ha sido un día maravilloso y la velada es sencillamente deliciosa. No es la primera vez que pasas un día en París con tu esposa, pero desde luego está siendo el mejor con mucha diferencia.

Llegasteis a media mañana a la soberbia, inmensa y concurridísima Estación del Este, donde, arrullado por los ecos de los pájaros, el sol se cuele y se curva como si quisiera acariciarla por dentro, tras un viaje en tren de un par de horas que se pasaron en una brisa de café con leche y camareros tan amables que en ocasiones tu esposa, que no es francesa, tuvo que contener la risa.

Un taxi os llevó al barrio bohemio del Montmartre, que escondía su magia detrás de cada esquina esperando a que la cruzaras para sorprenderte, y de una esquina a otra surcasteis sus calles, angostas y zigzagueantes, cuesta arriba hasta llegar a la zona en la que se apiñan los pintores callejeros. Entre pinturas y aroma de café, divisaste la torre Eiffel como desde lo alto de una montaña.

Cuentan que cuando inauguraron la basílica del Sagrado Corazón, coronando este mágico distrito de Montmartre, mucha gente estaba indignadísima y el dueño del Moulin Rouge vino corriendo a la iglesia, gritando «¡Viva el demonio! ¡El demonio!», a lo que le respondieron: «En realidad, caballero, ¡el demonio está en el Moulin Rouge!».

Por estas mismas calles, en las que presumes de tu amor, caminé Picasso —eso pensaste mientras alcanzabais la plaza Tertre—. Una vez ahí, quisieras haber arramblado con todos esos cuadros, pero comprendiste que, en realidad, te los estabas llevando iluminados por la sonrisa de tu mujer, que paseaba entre los pintores como la mejor obra de arte que jamás hubiera culminado aquel cerro milagroso.

Caminabas junto a ella y sus palabras sonaban a rumor de agua, y sentías que orbitabas alrededor de sus ojos. Pensaste en besarla, pero imaginaste un beso perfecto al final de la jornada, cuando tu esposa se sintiera completamente abrumada por el recuerdo de un día en París.

Después buceaste por las entrañas de la ciudad de la luz cogiendo el metro, la línea que os llevaba a la estación del Sena, y dentro de ese tren subterráneo un tipo bajito al que le adivinabas mal aliento tocaba con entusiasmo una pieza de Edith Piaf, tan típico como francés, tan decadente como maravilloso. Nadie miraba al tipo, solo tu esposa, tú no podías apartar la mirada de ella, sintiendo su fascinación ante cada nota, cada sentimiento.

Ella no mira el suelo
y sus ojos amorosos
y los dedos largos y fuertes del artista
le llegan al alma.

Cuando eras un niño te burlabas de los acordeonistas del metro, pero esta tarde te sentiste bendecido por la presencia de ese hombre bajito, de pelo cano con entradas.

Eras tan feliz dentro de ese metro que te preguntaste incluso quién eras. ¿Estabas interpretando un papel para retener la felicidad? ¿Estabas realmente disfrutando tanto de la ciudad, o estabas convenciéndote de que lo hacías para mantener la ilusión de la felicidad intocable, perfecta? Y recordaste entonces que tu tendencia a sobreanalizar a veces te hace perderte la vida, y este es un día para reflexionarlo después, no mientras ocurre, y recordaste también que con tu esposa no vas de nada, no interpretas nada; de hecho, es solo con ella con quien sientes que puedes actuar en piloto automático, y ese tú que se mueve por sí mismo debe ser, por lógica, lo más parecido a tu yo de verdad.

Eso es —concluiste—: somos nosotros cuando no pensamos, cuando no nos damos cuenta, cuando no nos prestamos atención; tanto es así que luego no somos capaces de recordarnos, tal vez por eso sea tan difícil ser uno mismo, porque intentarlo es fracasar —y con esa última reflexión decidiste dejar de pensar y dedicarte a vivir el día desde dentro, no desde fuera—.

Así que saliste abrazado a ella en la estación Saint Michel, en el centro mismo de París, junto al Sena, donde te encontraste con los quioscos

verdes, con los libros de segunda mano, libros que han pasado por decenas de manos parisinas, algunos tan antiguos que pudieron pasar delante de los estrábicos ojos de Sartre y tal vez atesoren alguna brizna del humo de su pipa; y rodeando esos libros, como si los adornaran, había postales y había réplicas, todo a las orillas de las aguas mansas que avanzan día y noche, sin memoria, por el Sena, aguas que corrieron manchadas de sangre en demasiadas ocasiones, que siempre fueron capaces de fluir dentro de su propio olvido, aquellas mismas aguas en las que Grenouille, el protagonista de *El perfume*, era capaz de captar aromas que le llegaban como un eco sordo desde su desembocadura en el canal de la Mancha.

Luego tuvisteis tiempo para una visita de un par de horas al museo D'Orsay, dos horas que fueron dos segundos de Monet, de Renoir, de Degas...

... de Van Gogh...

Y os pasasteis media hora frente a tu cuadro preferido, el *Baile en el Moulin de la Galette*, una obra que Renoir pintó precisamente en el distrito de Montmartre, de donde acababais de venir, y mirando el cuadro, embelesado, creíste escuchar la música de vals que tiene cautivados a sus personajes y provoca las sonrisas, las inocentes y también las cargadas de melancolía, y encontraste otra cara que no recordabas, y tu mujer encontró otra, y os inventasteis una historia para cada una de ellas. Historias cargadas de figuras retóricas, de sinestesias y de hipérbatos; y, por supuesto, de hipérboles.

—Y ahora —le dijiste mientras salíais del museo— vamos a cenar en un sitio superespecial.

Tu esposa simplemente alza las cejas y aprieta los labios, expectante.

—El restaurante Dans le Noir —le dices—, donde la comida se sirve en la obscuridad, con *b*.

—¿En la obscuridad? —responde divertida.

—Así es, antes de entrar al comedor te dejan echarle un vistazo a la carta para que pidas, pero cuando pasas... ¡iluces fuera!

Y así es como terminaste cenando junto a tu esposa entre las sombras, adivinando su sonrisa, entre ding dings, entre susurros... Dicen que los

enamorados no tienen nunca hambre, pero ese filete no necesita hambre para que pierdas la cabeza por él.

Delicioso hasta el silencio, silencio que quisieras cortar con un cuchillo, una rodajita apenas..., y darle un bocado o guardártelo para después, para cuando lo necesites.

Quieres besarla, pero sientes que no ha llegado el momento perfecto.

—Cariño —dices entonces a tu esposa—, ¿qué te parecería si termináramos el día con un poco de rock and roll?

No le ves la cara, pero adivinas su sonrisa al otro lado de las sombras.

—De acuerdo, cariño, ¿dónde quieres ir?

—No te imaginas quién toca cerca de aquí esta noche.

—¿Quién?

—Eagles of Death Metal.

—¿Estás de broma? ¿Dónde?

—En una sala muy famosa; se llama Bataclan.

Y recuerdas que es viernes, el día de Venus, el día afrodisíaco, y que es día 13, y que eso de viernes y 13 dicen que trae muy mala suerte entre los sajones, pero tú no eres anglosajón ni tu esposa tampoco.

* * *

Y llegas a la sala Bataclan y la expectación es enorme; y te sorprende que haya tanta gente y tanto parisino que conozca a uno de tus grupos de rock favoritos que pensabas que solo conocían cuatro gatos y los cuatro eran norteamericanos. Muchas veces has dudado de si tu esposa compartía tus gustos musicales solo para llevarte la corriente, pero viste la expectación en sus ojos y comprendiste que le gusta vibrar con la música tanto como a ti.

Es una sala preciosa, como un cabaré con esos palcos en el segundo nivel y esas bombillas que parecen de feria, y el color rojo, ese color rojo como la sangre que se llevó el Sena.

Eagles of Death Metal te fascina porque son literalmente lo que cabe esperar de un maldito grupo de rock and roll, sin experimentos, sin ganas de salvar el mundo, sin armonizar voces ni intención alguna de revolucionar la música, solo ganas de meter caña con canciones sobre absolutamente cada maldita cosa que les dé la gana. Uno de esos grupos de los que ya no hay.

Y comienza el espectáculo. Te sientes un poco decepcionado de que Josh Homme no esté en el escenario. Josh es una leyenda para ti, uno de esos tipos que no está en primera línea de nada pero están en segunda línea de todo; ha colaborado hasta con Dave Grohl, el ex Nirvana de los Foo Fighters. Josh es uno de los fundadores de Eagles of Death Metal, pero solo aparece en sus conciertos en contadas ocasiones.

Comienzan con una de tus canciones preferidas —«I Only Want you»—, que siempre te ha recordado a Prince, pero bastante acelerado.

—Esto es Prince con esteroides —le aseguras a tu esposa. No sabes si te ha entendido o no, pero sonrío extasiada.

Menudo día, joder —te dices a ti mismo y te das cuenta de que el rock and roll ya está cambiando tu vocabulario.

Estáis en tercera fila, a unos dos putos metros del escenario. «I Only Want You» termina de manera explosiva.

—Damas y caballeros..., ¿lo estáis pasando bien? —grita Jesse Hughes, el cantante—. ¡Esta noche, si estáis dispuestos, podéis ser poseídos por el espíritu de Rock and Roll! ¿Estáis dispuestos? ¡Cuánto os quiero a todos, coño, hijos de puta!

Comienza a sonar «Complexity», la canción que abre su último disco. Tu mujer está literalmente gritando la letra. «Mañana va a estar ronca», piensas y sonrías.

«Joder, hace un rato escuchaba a Edith Piaf y ahora tengo delante a Eagles of Death Metal», piensas, y es que no paras de pensar, a pesar de tus propios consejos.

Y así sigue todo, entre saltos y euforia, una canción tras otra al ritmo de los vaivenes de la multitud. Un día perfecto surcando el corazón de

París y coronado por un concierto memorable junto a la persona que más quieres en este mundo.

Este es sin duda el día más feliz de tu vida.

* * *

Cuando los primeros disparos irrumpen en la sala Bataclan, durante esa sección instrumental de «Kiss the Devil», tu esposa te mira como extrañada. ¿Qué ha sido eso? ¿Fuegos artificiales? ¿Problemas con el sonido?

Miras en todas direcciones. Eagles of Death Metal deja de tocar y el escenario ya solo emite un silencio angustioso y confuso.

La confusión no es algo tan malo, la certeza es mucho peor.

Tu imaginación se resiste a esa certeza durante un segundo o dos. Incluso cuando ves los primeros Kalashnikov contemplas la posibilidad de que sea todo una especie de broma elaborada, parte del espectáculo. Incluso después de los primeros gritos y de los primeros disparos.

Cuando ves la sangre cortando el aire y que las personas circundantes comienzan a caer como moscas, en caída libre, como si el suelo se hubiera abierto a sus pies, es cuando sabes que la muerte baila a tu alrededor, ansiosa por tocarte y envolverte con su obscuridad.

—¡Alah Akbar! ¡Alah Akbar! —grita uno de los hombres armados mientras dispara indiscriminadamente a la multitud.

Como si se abrieran nuevos agujeros en el suelo, más y más cuerpos caen sin vida a tu alrededor atravesados por las balas.

La vista se te va por un instante al panel de control que hay en la parte trasera de la sala: los botones de las mesas de mezclas saltan por los aires describiendo parábolas entre el humo, salpicados de la sangre que también surca el aire y atraviesa el humo.

A tu derecha distingues a un hombre corpulento que cubre con sus brazos a un grupo de personas, está haciendo de escudo humano para

salvar la vida a unos cuantos jóvenes, tal vez sus hijos, tal vez unos desconocidos.

Tú harías lo mismo por tu esposa. Comprendes entonces que llevas dos segundos eternos paralizado, como si tuvieras los pies clavados en el suelo. Es entonces cuando, jaleado por una nueva ráfaga de disparos, entras en acción.

Se llama instinto de supervivencia. Tu subconsciente toma el control de tu cuerpo y tú ya no decides nada, como si una fuerza invisible se apoderase de tus músculos, pensara a la velocidad del rayo y trabajase para salvar tu vida. Tú simplemente te dejas hacer.

Te dejas hacer aún más cuando compruebas que, efectivamente, tu subconsciente la quiere más a ella, a tu esposa, de la que te habías olvidado durante un largo segundo sobrecogido por el absurdo de la situación. La coges del brazo con fuerza mientras otro cuerpo se derrumba a tu lado y te la llevas contigo en dirección al escenario como si fuera una muñeca de trapo.

Te deslizas como un gato, corriendo agachado. Tu esposa sigue junto a ti, tu mano derecha soldada a su antebrazo. Está gritando. Disparos, disparos, disparos, mientras un manto de muerte se va extendiendo a tu alrededor.

Y que grite es algo maravilloso porque sus gritos significan que está viva. De la humedad que sientes en el vientre te preocuparás más adelante; puede ser tu sangre, puede ser la de ella, pero también puede ser la sangre de otras personas.

Otro hombre muere acribillado interponiéndose entre las balas y dos personas a las que abraza con fuerza. Otro acto de amor en el centro del infierno.

Más disparos irrumpen como ladridos de la muerte mientras te agazapas frente al escenario y, como acto reflejo, te escabulles junto a un grupo de chicos por una salida de emergencia, a la izquierda del escenario.

Te encuentras ante unas escaleras y las subes, y encontrártelas y subirlas es todo una misma cosa. Más que nunca sientes que una mano

invisible te tiene agarrado por los hombros y tira de ti hacia arriba con fuerza.

Una puerta,
un pasillo,
otra puerta,

sangre corriendo por el suelo, humo y docenas de caras, docenas de subconscientes que, como el tuyo, intentan mantener sus cuerpos respirando.

Lo ves en cada cara: esa gente ya no es gente, son un puro y condensado deseo de sobrevivir; y si lo logran, si sobreviven, ya nunca serán los de antes. Todos estos jóvenes ya no están ni volverán a estar preocupados por sus estudios, sus carreras profesionales o lo gilipollas que es el jefe; todas estas caras son ahora primitivas, son hombres prehistóricos huyendo de un mamut, huyendo de las bestias, saltando de rama en rama, acurrucándose en el fondo de una cueva.

Se abre una puerta.

Instantes después estás dentro de un vestuario con dos docenas de personas tan histéricas como silenciosas. Una señora de unos cuarenta años se está desangrando; un chico, que podría ser su hijo, le hace presión en la herida. Otro chaval esgrime una botella de champán como arma. Unos cuantos están haciendo una barricada de sillas frente a la puerta. Escuchas la respiración acelerada de todos, pero nadie dice una palabra; han desarrollado una comunidad sólida como el acero y no necesitan palabras para organizarse. Recuerdas que son hombres primitivos.

Los disparos van y vienen al otro lado de la puerta. Comprendes que estáis todos perdidos porque no hay más salida en este vestuario que la puerta por la que has entrado, a través de la cual escuchas acercarse los disparos. Miras a los demás, no a sus caras, sino a sus ojos, y su mensaje sin palabras dice que cuando esas bestias irrumpen en el vestuario los reduciremos cuerpo a cuerpo, abalanzándonos sobre ellos como si no estuvieran armados. Unos cuantos de nosotros morirán para salvar a los demás, pero agazaparnos en una esquina es la muerte de todos.

Observas que el chico que ayudaba a contener la sangre de la señora se esconde detrás de una cortina. Una explosión en la distancia hace vibrar el suelo. «Acabaremos con ellos» es la respuesta que lees en los ojos de los demás, y te permites que una llama de esperanza se prenda en tu corazón; muy probablemente vas a morir, pero dejarás a tu esposa detrás de la masa de gente y salvará la vida,

tu esposa va a seguir viva.

Buscas su mirada y la encuentras rígida, casi vacía, casi de cristal, aferrándose a un soplo de vida, y ahora comprendes que la humedad de tu vientre provenía de su sangre.

La vida se le escapa como una llama temblorosa, y tú quisieras ahora poder disfrutar de una de las rodajitas de silencio que quisiste guardar hace solo un par de horas, pero tu esposa no se va en paz, se va entre respiraciones nerviosas y ecos de disparos.

Su muerte es inevitable, tan irremediable que ni siquiera le pides que se aferre a la vida, solo la dejas ir con la dulzura que eres capaz de inventarte y no sabes ni decirle adiós. Quisieras decirle que la amas y que tu amor por ella es infinito, que si no se fuera podríais superar juntos cualquier batalla, que hoy mismo te has enamorado de ella media docena de veces, que quisiste comerte sus labios en el museo, que sonríes irremediamente hasta cuando le escribes un mensaje de texto, que quisiste acariciar su cabello cuando el sol le arrancó esos tonos rojizos tan escondidos al salir de la estación, que te pasas los días soñando con las noches junto a ella...

Pero las palabras no te salen del pecho. Y se va tu mujer, tu amante, tu esposa, como un poema a medias, como un verso sin punto final.

Noche es todo lo que te queda, pero no bajo las estrellas, solo noche que se acaba y no vuelve a amanecer.

Es ahora cuando sientes el peso de su cuerpo sin vida sobre tus brazos, cuando te das cuenta de que no la has besado en todo el día.

1

Antes. Iraq

Lo inevitable

Estoy a punto de palmarla.

Me pregunto qué clase de idiotez se apoderó de mí cuando me pareció buena idea aceptar un trabajo de reportero en Iraq. Me llamo Paul Hébert. Tengo cuarenta años. Soy periodista y escritor (bueno, lo de ser escritor es discutible; sobre todo lo discuten las tres únicas personas que han comprado mi novela en Amazon y la han calificado con una estrella y comentarios poco amables, pero eso ya da igual...). Es sorprendente la de cosas que te importan una mierda cuando estás a punto de morir.

Voy a morir. Yo no quiero morir. Por favor.

Durante años le he tenido pánico al vacío de la vida, a no tener nada que aportar al mundo, a no tener una razón para vivir, pero claro que la tengo, joder. Claro que hay razones para vivir. Ahora, de hecho, me bastaría con una vida soportable, sin glorias ni reconocimientos, sin aportar nada ni dejar huella de ningún tipo, sin lujos; me bastaría con seguir respirando y volver a vivir un día igual que el anterior, sin grandes revelaciones, sin grandes nada, solo seguir viviendo.

Entonces ¿debería suplicarle a estos tipos? Lo haría si sirviera de algo, pero he visto a prisioneros suplicar como niños y lo único que han conseguido es que se ensañaran aún más con ellos.

Tengo que aclarar que he sido secuestrado por un grupo terrorista en Iraq. Para más señas, terroristas del llamado ISIS (sigla del nombre de ese grupo en inglés, Islamic State of Iraq and Syria) o Estado Islámico. Seguro que has escuchado hablar de ellos; son esos simpáticos yihadistas que hacen que Al Qaeda parezca un grupo de colegialas traviesas. Si eres de los

que piensas que tus compañeros de colegio eran crueles contigo, o que tu jefe es cruel, o que la vida te ha tratado con «crueldad», tendrías que darte una vuelta por aquí. Estos tipos son la crueldad personificada. Te pondré solo un ejemplo. Cuando me encontraba en Mosul haciendo un reportaje, conocí a una madre que había viajado hasta allí para recuperar a su hijo, capturado por los terroristas de la bandera negra. Era una anciana kurda que pidió audiencia con los terroristas del Estado Islámico para suplicarles por su hijo, secuestrado hacía meses. Los islamistas la invitaron a sentarse y descansar. Después le ofrecieron té, arroz y carne. Cuando la madre les pidió nuevamente ver a su hijo, estos se rieron y le espetaron: «¡Te lo acabas de comer!».

Tengo suerte de que «solo» me vayan a cortar el pescuezo. Podría ser peor, supongo. A algunos prisioneros los entierran vivos, a otros los queman.

Estoy junto a otros cinco afortunados en una hilera, arrodillados en el suelo polvoriento bajo un sol abrasador, en mitad de un desierto que se derrama más allá del horizonte en todas las direcciones. Vestimos un mono naranja recién salido de la tintorería (en serio: todo está asquerosamente sucio aquí, pero esta ropa que nos han puesto está impoluta). ¿Por qué tomarse tantas molestias con el vestuario? La respuesta es que vamos a salir por la tele. Detrás de cada uno de nosotros hay un individuo encapuchado vestido de negro como un ninja. Cada uno de los encapuchados sostiene en la mano una bonita espada curva que sería la envidia de cualquier coleccionista de armas. Frente a nosotros, uno de los terroristas se afana en montar una cámara de vídeo sobre un trípode. El tipo parece bastante contrariado por la iluminación del sol a nuestras espaldas. De hecho, los problemas de contraluz a los que se enfrenta nuestro Spielberg nos están dando unos minutos de vida extra.

Estos tíos se toman en serio la escenografía. Hay otras dos cámaras, una a cada lado, tres cámaras en total. Esto no es como el vídeo que grabas de tu perro con tu iPhone temblándote en la mano; esto lo van a producir, le van a poner música, lo van a editar con cambios de plano, *zooms*, y, si te

descuidas, te hacen un *travelling* a cámara lenta. Solo falta que uno de los cámaras venga a ajustar el micrófono a uno de estos asesinos.

—Espera, no le cortes el cuello todavía, que no me convence el ángulo de la luz.

Seguramente te estarás preguntando cómo es que estamos aquí tan tranquilos los cinco prisioneros, esperando a que nos corten el cuello como quien espera un corte de pelo. ¿Cómo es que no gritamos, lloramos y pataleamos? ¿Tenemos nervios de acero? ¿Somos los tíos más valientes del universo? Pues más bien no. Lo que pasa es que, cuando empezó la función, uno de los prisioneros hizo exactamente eso: se puso a llorar y a patalear. Y eso no sentó muy bien aquí. Lo sacaron de la fila, lo molieron a palos y después lo quemaron vivo. Delante de nuestros ojos. Así que, después de todo, que te separen un poquito la cabeza del cuerpo no está tan mal, comparado con que te quemen vivo. Que le pregunten a María Antonieta.

También te estarás preguntando a quién cojones le estoy contando todo esto. Es una pequeña manía que tengo. Llámalo deformación profesional o llámalo chaladura. Como escritor, hay una voz dentro de mí que va narrando todo lo que me pasa. No siempre lo hago, claro está, pero sí cuando hay algo que merece la pena ser contado. Me digo: ¡eh!, esto podría ser buen material para una novela, y empiezo a narrarlo en mi cabeza. Supongo que esa voz en *off* también me ayuda a soportar los momentos difíciles, verlo con perspectiva, como si ya hubiera pasado. O como si todo fuese una ficción. Mi narrador particular no solo me acompaña en los momentos jodidos. También en los buenos. Se ha convertido en una especie de costumbre. Cuando conocí a mi mujer e hicimos el amor por primera vez, allí estaba ese locutor de radio narrándolo todo para la posteridad. La teoría es que merece la pena guardarse bien los momentos felices, pero la verdad es que el maldito narrador acaba estropeando la experiencia. No puedo evitarlo. A veces es como vivir en una película.

Ojalá esto fuese solo una película. Parece que nuestro Spielberg ya ha conseguido filtrar el exceso de luz. ¡Alegría! Los tipos con Kalashnikov que

supervisan el rodaje sonrían. ¡Luces, cámaras, acción!

Mierda, no quiero morir.

Visto desde una perspectiva más amplia, esto iba a pasar tarde o temprano. Me refiero a morir. Por lo visto no se escapa nadie, con o sin cabeza; al final terminamos todos en el hoyo. Así que intento quitarle hierro al asunto. Pero, joder, morir a los cuarenta no es justo. Estoy en la mitad de la vida. Me pregunto qué clase de idiotez se apoderó de mí cuando me pareció que aceptar un trabajo de reportero en Iraq iba a solucionar todos mis problemas (aunque, desde luego, mis problemas se van a acabar). Mi vida era una mierda, pero era una mierda maravillosa. Estaba arruinado, me iban a quitar la casa por no pagar la hipoteca y mi mujer estaba a punto de divorciarse de mí. Supongo que también bebía más de la cuenta y que mi carácter en los últimos meses no había sido lo que se dice encantador. Vale, estaba amargado. Mi fracaso como escritor me estaba consumiendo. ¿Cómo has dicho? ¿Que fracasar como escritor no es tan grave? Espera. Dedicar tres años de tu vida a escribir una novela quince horas al día, revisando, tachando, documentándote, mientras tu mujer gana todo el dinero trabajando otras quince horas en un restaurante y las deudas se acumulan. Acaba la novela después de tres años de agotador trabajo y gástate una fortuna en imprimir copias y enviarlas a todas y cada una de las editoriales de Estados Unidos. Espera durante un angustioso mes la respuesta. Haz complejos cálculos probabilísticos para entender por qué ningún editor contesta: concluye que la probabilidad de que Correos haya extraviado el paquete multiplicada por la probabilidad de que los manuscritos supervivientes a la mala gestión de Correos se extravíen en la conocida burocracia que impregna las grandes editoriales es insoportablemente alta. ¿Deberías ir personalmente y entregar cada manuscrito en su destino? Te costaría una fortuna en viajes y tardarías una eternidad. Así que vuelve a imprimir copias de los manuscritos (quinientas páginas a doble espacio y una cara) y vuelve a enviar todos esos paquetes, esta vez certificados (doble coste). Y, por si acaso, incluye algunas editoriales de Francia, Alemania, España, Dinamarca, Finlandia, Islandia, Noruega y Suecia. Aguarda durante otro mes sin que llegue

respuesta alguna. Soporta reproches de tu mujer, que considera que ya está bien de perder el tiempo y es hora de buscar un trabajo de verdad (¡eh!: escribir es «un trabajo de verdad»; pregúntale a Stephen King). Decide entonces que le vas a dar una buena lección a todas esas editoriales prepotentes que no se han dignado ni a leer tu manuscrito (porque obviamente no lo han leído, o hubieran sucumbido a sus encantos). Se van a enterar: vas a autopublicar un *ebook*. Ya vendrán suplicando un contrato de derechos de autor cuando el *ebook* haya vendido un millón de copias en Amazon. Autopublica. Gástate una pequeña fortuna en promocionar tu página de Facebook después de subir unos cuantos cientos de *post* con asombrosos extractos de la novela. Comprueba el tablero de ventas de Amazon (sin ansiedad, con indiferencia; cada hora al principio, para pasar después a un ligero chequeo cada cinco minutos). Haz una pequeña fiesta cuando se produce la primera venta. Haz una pequeña fiesta cuando se produce la segunda venta. Haz una pequeña fiesta cuando se produce la tercera venta. Observa con pasmo cómo las ventas se detienen. Aguarda ansioso los comentarios entusiastas de tus tres lectores que atraerán al resto. Una semana después aparecen las primeras valoraciones, que dicen así:

1.0 de un máximo de 5 estrellas **Infumable** 1 de octubre

Por Matt

Infumable. No he podido pasar de la página 50.

1.0 de un máximo de 5 estrellas **Absurdo** 3 de octubre

Por Peter B

La trama es absurda, delirante, lo cual tendría gracia (supongo) si el protagonista no fuese un petulante egocéntrico. Una estrella.

1.0 de un máximo de 5 estrellas **Menudo tostón** 5 de octubre

Por John M

Menudo tostón. La sinopsis promete una novela de acción, pero el protagonista se pasa páginas y páginas mirándose el ombligo y hablando sobre sí mismo. Tío, ¿a quién le interesan tus problemas con el elástico de tus calzoncillos?

Pleitea sin éxito con Amazon para que retiren los comentarios. Al atardecer, bebe un poco de whisky para soportar tanta injusticia. Discute

con tu esposa sobre el estado de tu cuenta corriente. Bebe un poco de whisky para soportar tanta injusticia. Envía currículum a todos los periódicos del país suplicando un trabajo (recuerda: «soy periodista»). Espera una respuesta que no llega (eh, empiezo a pensar que hay un problema con Correos en este país). Escucha cómo tu mujer (a la que amas y cuyo apoyo es lo único que te mantiene cuerdo) te dice que ya no puede más y piensa dejarte. Recibe entonces una oferta de trabajo (¡Dios mío!) para una corresponsalía en Iraq. El destino iba a ser una zona teóricamente segura. El sueldo por un mes de trabajo equivalía a un año de salario normal. ¿Qué podía salir mal?

Debía estar borracho cuando acepté el trabajo (de acuerdo, lo estaba). Parecía la única salida a todos mis problemas. Dinero para aguantar un año más. Quería que mi mujer volviera a sentirse orgullosa de mí (cuando nos conocimos, ella fue mi primera lectora: relatos cortos, una novela de juventud, creo que eso fue lo que hizo que se enamorase de mí). Pero las cosas no estaban saliendo como habíamos soñado. Ni siquiera teníamos hijos aún. Tenía que arreglarlo como fuera.

Ya ves si estaba jodido. Lo que daría por volver a estar así de jodido. Maravillosamente jodido.

Los individuos que nos rodean están gritando las últimas instrucciones para la puesta en escena. El sol ha declinado y empieza a hundirse en el ocaso. Hay algo hermoso en ese cielo anaranjado que me hace llorar. O quizás solo sea la maldita arena del desierto que se me ha metido en los ojos.

Hay que darse prisa, Spielberg, o nos quedaremos sin luz.

El color naranja de mis ropas me trae a la mente algo que me pasó en la infancia y que me ha estado atormentando durante toda la vida. Yo tenía doce años y mi madre tuvo la feliz ocurrencia de comprarme un ridículo pantalón naranja con dibujitos de topos. Aquello parecía más un pijama que un pantalón, en serio. Mi madre se empeñó en llevarme a la escuela así vestido. Yo era un niño tímido y los demás no tardaron en ensañarse conmigo. Las burlas duraron mucho después de aquel día. Para un preadolescente que ya empezaba a fijarse en las chicas aquello fue

terrible. Un trauma en toda regla. Años después todavía me despierto sudoroso en mitad de la noche. En mis pesadillas no voy por la calle sin pantalones, como sueña todo el mundo, yo voy con unos ridículos pantalones naranja con dibujitos de topos. Joder. Créeme que hasta hace poco me seguía preocupando por ese episodio. Ahora que estoy a pocos segundos de morir acabo de superar el trauma. Tengo ganas de reírme de mí mismo por haberme pasado la vida agobiado por recuerdos así. Cuando todo se va a acabar, ¿qué más da si unos cuantos críos se burlaron de mí cuando era niño? Espera, tengo más traumas. Puedo aprovechar para superarlos todos. Cuando te enfrentas a la muerte, hasta la humillación más terrible carece de importancia. Supongo que acabo de descubrir un método infalible para superar los traumas (eh, psicólogos del mundo, ponedle un cuchillo en el cuello a vuestros pacientes).

No creas que le guardo rencor a mi madre. Es una señora encantadora y guapísima que vive en una casita en Reims, cerca de París. Aparte de nuestras discrepancias con el vestuario, siempre ha sido una madre maravillosa. Me gustaría hablar con ella antes de morir.

Cuando era niño, si algo parecía que iba mal, simplemente no lo aceptaba, cerraba los ojos con fuerza y muchas veces las situaciones se arreglaban por sí solas, solo porque yo no las había aceptado.

Así que cierro los ojos con fuerza. Esto no puede estar pasando. Esto no puede estar pasando...

Siguen las voces ásperas a mi alrededor, dando instrucciones en árabe, ultimando los detalles de nuestra macabra puesta en escena.

Otro de mis trucos de niño para salir de situaciones desagradables era imaginarme una realidad alternativa donde todo salía como yo quería. Supongo que de ahí nace mi pasión por escribir, de mi deseo de moldear la realidad. La ficción siempre tiene respuestas, siempre hay soluciones. ¿Qué haría Uma Thurman en mi lugar, atrapada en una situación similar en una hipotética versión alternativa de *Kill Bill*? ¿Qué haría Tom Cruise en esta situación en una nueva *Misión imposible*?

Todo problema tiene una solución. Tiene que haber una manera de escapar. En una película lograría desatarme (tengo las manos anudadas a

la espalda), golpear al tipo que hay detrás, quitarle el cuchillo para clavárselo al terrorista que tengo delante, arrebatarme el Kalashnikov, disparar al resto de terroristas, abrirme paso hasta el *jeep*, encontrar las llaves y salir disparado de aquí.

Hollywood: vuestros guiones son una mierda.

¿Entonces qué? ¿Suplicarles piedad? Para estos tíos la piedad es como la cuarta dimensión.

Vale. Creo que acabo de encontrar un modo de salir de esta.

Presente. Houston, Texas La desesperación de Sören

La buena noticia es que esto debe ser el paraíso o el más allá, o como se diga, pero que estoy muerto es irrefutable. Hay un silencio sepulcral y, contrariamente a lo que podrías pensar, no es obscuro, sino claro, blanco, brillante; una luminosidad solar me invade desde todos los ángulos.

O sea, que la muerte no es obscuridad, es solo silencio. Vale. Y así, flotando en esta especie de nube blanca..., ¿cuánto tiempo vamos a estar?

Entonces escucho algo, una cacofonía de sonidos metálicos, casi rítmicos, y un rectángulo difuso se perfila en el brillo acuoso al otro lado de la luz. Mientras el sonido sube de intensidad y el rectángulo empieza a definirse y a crecer, noto dolorosas punzadas en la espalda, en los brazos, en el cuello.

¿Dije dolor en la espalda, en el cuello? ¡Eso solo puede significar una cosa!

¿Estoy vivo?

¡Estoy vivo!

¡Dios! Aunque no sé cuál es mi situación, la felicidad de estar vivo supera cualquier temor. Estoy vivo, como sea, pero, coño, ¡sigo con vida! Tengo el recuerdo de la muerte rozándome el cuello, ¡pero sigo vivo!

Espera. Tengo que calmarme, enfocarme, entender mejor lo que está pasando; tal vez, aun estando vivo, estoy simplemente soñando. Vamos a ver: estoy acostado, esa es mi posición al menos, y la suave presión que siento sobre mi cuerpo son... sábanas.

Miro adelante. El rectángulo que antes veía difuso es ahora perfecto, trato de enfocar la visión y... ¿me veo a mí mismo dentro?

Los sonidos metálicos que escuchaba son... música. Una canción pop. ¿Los Beatles?

—¡Estás despierto! ¡Paul!

Es la voz de Beatriz, mi mujer, la tengo junto a mí. Un jarrón de flores en la mesita, una ventana, la puerta de lo que seguramente sea un baño. Una pizarra blanca. Una televisión colgando de la pared. Beatriz besándome. Dios, no puedo expresar la alegría que significa sentir el contacto de mi mujer.

Empiezo a entender que estoy en un hospital de Estados Unidos, sano y salvo, con mi mujer abrazándome como loca y mi propia cara en la televisión —«Paul Hébert, liberado de ISIS»— sobre una franja que indica los valores de la bolsa.

Estoy «seriamente» vivo.

Es todo lo que necesito saber, me libré de la muerte. Estaba a punto de morir y tuve una idea, ahora lo recuerdo, tuve una idea, algo que abría la posibilidad de sobrevivir.

Beatriz me sigue abrazando y me sobreviene un dolor agudo en la espalda. ¡Bendito dolor! Compruebo que siento los muslos, las rodillas, los pies. Menos mal, no estoy tetrapléjico (hace menos de un minuto estaba feliz de estar vivo fuera como fuera, y ya me empiezo a poner exigente; ahora resulta que no quiero estar tetrapléjico. Es increíble lo caprichosos que somos los seres humanos).

Cuando Uma Thurman se despierta del coma en *Kill Bill*, la tía se mira la palma de la mano y de alguna manera concluye que ha pasado exactamente cuatro años en coma.

—Beatriz —consigo murmurar. Mi voz suena hueca y lejana como si alguien más hablara por mí.

Es tan maravilloso tener otra vez a mi esposa frente a mí. La miro y me vuelve el gusanillo en el estómago; podría, simplemente, mirarla durante horas.

Beatriz tiene la frente redondeada; si la miras de perfil, el pelo le nace cuando la frente es ya casi horizontal. Es algo demasiado precioso para explicarlo con palabras... ¡Menudo escritor estoy hecho que no soy capaz

de expresar el sentimiento más elemental! Recuerdo lo que sentía al mirarla cuando apenas nos conocíamos, cuando viajamos a París juntos la primera vez, cuando el sol se reflejaba en su pelo. Me quedaba embelesado observándola apoyada sobre la baranda del puente sobre el Sena. Esa magia, que se había ido desvaneciendo con el tiempo, vuelve a mí con una intensidad que casi me duele.

Un doctor irrumpe en la habitación. Es un tipo de mediana edad, con pelo negro y una barbita tan perfecta que parece terciopelo. Me quedo mirándole la barba como un idiota. Siempre he querido dejarme la barba, pero a mí los pelos me crecen como alambre de espino.

—Señor Hébert, ¡qué alegría encontrármelo despierto! —exclama el doctor—. Me está usted alegrando el día.

Me limito a sonreír detrás de mis lágrimas. Estoy tan emocionado que me cuesta articular palabra. Beatriz vuelve a abrazarme.

—Te dejo con el doctor —me susurra Beatriz al oído. Yo la miro perplejo—. No seas tonto, cariño, solo voy a la cafetería.

—Soy Usnavy, su doctor —dice el hombre cuando Beatriz ya ha salido, y me tiende la mano. Por alguna razón, me cuesta darle la mía, aunque, temblorosamente, lo consigo.

Usnavy se llama el doctor. Ahora identifico su acento cubano. Es un tipo muy curioso porque se mueve como en fases de pocos segundos, quedándose congelado entre ellas. Me pregunto si respira cuando está en medio de esas pausas.

—No se preocupe usted por nada, mi amigo. —Sin duda se ha dado cuenta de que estoy temblando de la emoción que siento—. Está usted muy bien, permítame que le diga; entiendo que estos tres meses han sido muy duros...

—¿Ha dicho tres meses?

El doctor se detiene en seco, como si le hubiera echado un freno a la lengua, reflexiona un instante y me hace una pregunta.

—Paul, ¿qué recuerda?

No sé qué responder.

—De acuerdo —dice en tono conciliador, asintiendo suavemente—. Debe saber cómo se llama.

—Paul Hébert.

—¿Cuántos años tiene?

—Cuarenta.

—Hábleme de su cautiverio.

La palabra «cautiverio» resuena en mi mente, pero por algún motivo lo hace en francés, *captivité*.

Captivité.

La palabra crea una celda en mi mente, una celda que se construye con ladrillos terregosos que bloquean la luz solar... Y de repente me vienen a la cabeza, primero, imágenes que cuando era niño relacionaba con *captivité*, como el conde de Montecristo; después siento que las paredes de la celda se estrechan y me rodean, y recuerdo mi propia *captivité* en Iraq. Ahora lo recuerdo, estaba prisionero, prisionero en manos de terroristas.

—Me iban a matar.

Y justo entonces vuelvo a caer en el centro de un desierto infinito y a notar el cuchillo presionando mi cuello, a punto de rasgarlo. Siento un vacío en el fondo del estómago.

—Así es —confirma el doctor Usnavy, asintiendo de nuevo—. Estuvo a punto de morir. ¿Recuerda lo que pasó entonces?

Noto que las lágrimas me corren sin control, no puedo hablar. Solo niego con la cabeza, los ojos del doctor Usnavy clavados sobre mí.

—Señor Hébert, le apresaron miembros de ISIS, ha estado secuestrado durante tres meses. Después le liberaron —insiste el doctor con tono casi didáctico.

—¿Me liberaron?

—Así es. Le encontraron aquí, en suelo americano. Le liberaron y de algún modo llegó aquí, a América. ¿No recuerda cómo? ¿No recuerda lo que pasó?

No recuerdo lo que pasó. Hay una especie de agujero en mi mente. Por alguna razón, no soy capaz de mirar hacia arriba, solo hacia abajo,

hacia estas sábanas, hacia mi mano izquierda.

—Quizás sufre una amnesia traumática, Paul. No sería raro después de la experiencia que ha vivido. Su mente habría bloqueado unas vivencias demasiado duras.

El doctor Usnavy se rasca la barbilla mientras entorna los ojos y los clava en el suelo. Tiene ya canas el tío; debe de tener mi edad, aunque a mí la gente de mi edad siempre me parece mucho mayor que yo. Me pregunto qué aspecto tendré ahora mismo. Siento que estoy recién afeitado sin tocarme la cara.

—¿Por qué se miraba la palma de la mano antes, Paul? —pregunta, manteniendo su gesto meditabundo.

—No sé, me preguntaba cuánto tiempo había pasado.

—No le entiendo —responde negando suavemente con la cabeza.

—Hay una película que me gusta... La protagonista despierta de un coma y deduce su edad mirándose la palma de la mano.

Al doctor se le escapa una sonrisa amable que casi se convierte en una carcajada. Levanta las cejas y relaja todos los músculos de la cara.

—Paul, lo que le está pasando es bastante frecuente —su tono era exageradamente afectuoso—. Ha sufrido una experiencia altamente traumática, lo que explicaría su amnesia, que es precisamente eso: una amnesia traumática.

La música de los Beatles sigue sonando y no puedo escuchar lo que dicen de mí en la tele. ¿Es esa la portada de mi libro? El doctor Usnavy se da cuenta de que estoy pendiente de la televisión.

—Su secuestro ha estado en las noticias durante semanas, Paul. Ahora es una especie de héroe nacional.

En una situación diferente, asimilar toda esta información me dejaría aturdido. Ahora toda esta sobrecarga de datos me parece insignificante comparada con el simple hecho de que sigo con vida.

—Su estado físico, sin embargo, es envidiable; no tiene nada roto, aparte de algunas magulladuras superficiales. Le hemos hecho un chequeo muy completo y está sano como una manzana, Paul. Estoy pensando en

dejarle ir después de que le hagamos una evaluación psiquiátrica, posiblemente mañana.

Respira hondo. Yo también lo hago. Me mira como si tuviera ganas de hacerme muchas más preguntas, pero no las va a hacer.

—Bueno, le voy a dejar que descanse.

Sale el doctor y entra de nuevo Beatriz y ante su presencia me vuelve a dar un vuelco el corazón. Apenas tenemos tiempo de decirnos nada porque tras ella entra una enfermera que comprueba el pulso y la presión. Cinco minutos después entra otra. Todos preguntan constantemente si me encuentro bien, incluida Beatriz, y a mí no me importa responder que sí una docena de veces: estoy bien, estoy bien.

Y ahí empieza a andar el reloj. Ceno un pollo hervido con puré de patatas que me sabe tan delicioso que me pregunto si lo han traído de un restaurante de cinco tenedores. Las enfermeras son todas superamables y me miran, lo noto, como si fuera alguien famoso, aunque no sé cómo demonios iba yo a saber lo que eso significa.

Poco después mi mujer se queda dormida en el sofá de acompañantes. Paso una buena parte de la noche mirando las noticias con el volumen muy bajo. No paran de hablar de mí. En un momento dado me veo a mí mismo de rodillas en el desierto con un individuo encapuchado detrás que enarbola un cuchillo. Hay otros cuatro prisioneros a mi lado, también arrodillados, también con un encapuchado detrás. Corte a otro plano y veo instantáneas de mis compañeros sobre la arena; debajo de cada foto leo *Deceased, Deceased, Deceased...* Ahora están muertos, todos menos yo. Les cortaron la cabeza como si fueran animales. Experimento un frío cortante dentro del pecho, una especie de repugnancia inexplicable. Escucho las palabras, pero no soy capaz de entenderlas, como si estuvieran en un idioma desconocido para mí; las que sí entiendo son las «Noticias urgentes»:

Última hora: Paul Hébert ha recobrado la consciencia.

Lo que resulta bastante irónico, teniendo en cuenta que acabo de volver a perderla.

* * *

Me despierto sobresaltado en mitad de la noche, intentando aferrarme a un sueño que no consigo recordar. Mi primer sentimiento es de desasosiego ante el silencio. Ya no hay Beatles de fondo. Amo la obscuridad, pero aborrezco el silencio, que encuentro hasta detrás de cada melodía. El silencio es la música que la muerte ha compuesto para todos nosotros.

Sigo en el hospital y sigo vivo. La luz y la televisión están apagadas. Escucho la respiración de Beatriz, que duerme; un sonido que me devuelve a la vida. Me encanta escucharla, aunque solo sea respirar, en la penumbra, cuanto más oscuro mejor. Escucho el sonido del roce de mi cuerpo contra las sábanas. Respiro hondo. No me duele la cabeza, no me duele el cuerpo, no me duele nada.

No me he sentido mejor en toda mi vida.

Hay un reloj digital con luces de neón sobre la mesita. Son las tres de la madrugada.

La luz de la luna se cuele por la ventana, a través del cristal y de las cortinas.

Intento, una vez más, recordar qué pasó cuando estaban a punto de cortarme el cuello. Todo está oscuro a partir de ese momento.

Tengo la impresión de que yo mismo hice algo que me salvó la vida, pero no tengo la más remota idea de qué pudo haber sido. ¿Logré librarme de mis captores y escapar? ¿Me rescató el ejército americano en el último segundo? En la tele, en las noticias, han indicado la posibilidad de que los yihadistas que me secuestraron me liberaran en suelo americano. ¿Por qué harían eso? ¿El Gobierno pagó un rescate? ¿Por qué me liberaron a mí y no a mis compañeros? ¿Llegaron los americanos justo cuando solo quedaba yo con vida? En ese caso, no sé por qué el doctor Usnavy iba a

decir que soy una especie de héroe nacional...; en ese caso, sería más bien el tipo con más suerte de la nación.

Una vez más veo *flashes* de las caras de mis compañeros.

Deceased.

Deceased.

Intento dejar de pensar y relajarme, volverme a dormir, pero me sorprendo a mí mismo con la cabeza vuelta, mirando fijamente a la mesita de noche al lado de la cama. Algo ha captado mi atención. ¿Es ese mi iPhone?

Estiro el brazo y lo cojo, tengo que desconectarle el cable; Beatriz lo había puesto a cargar.

Es mi iPhone, el mismo teléfono que me llevé a Iraq. ¿Me lo llevé a Iraq y volvió conmigo? ¿Cómo ha ido a parar al lado de mi cama, en el hospital?

«Por Dios —pienso para mí—, ¿quedará alguna fotografía dentro? ¿Habrá alguna tomada durante esos tres meses que no recuerdo?»

Efectivamente, no hay nada, solo las fotos de antes. Cumpleaños de los sobrinos de mi mujer. Una foto nuestra en un restaurante. En el Photo Stream hay fotos tomadas por mi mujer en mi ausencia. Hay apenas una docena. En un *selfie* está llorando.

Se me ocurre comprobar el correo. Estoy esperando encontrarme montañas de mensajes, pero curiosamente solo hay uno. Un solo *e-mail* en la bandeja de entrada. Recibido hace doce horas. Remitente: desconocido.

Respiro hondo.

En el *e-mail* no hay texto, solo un enlace. Accedo. Me solicita mi contraseña de iCloud. La escribo.

El enlace abre un vídeo. Todo pasa tan rápido que tengo la sensación de estar cayéndome por una cascada. Siento que el corazón se me quiere salir por la boca.

Play.

El vídeo comienza con una imagen del Capitolio en Washington, a pleno día, cielo despejado. Se produce un *zoom* inverso y aparece un encapuchado disfrazado como esos tipos del ISIS... ¡A las puertas del

Capitolio! ¿Un terrorista de ISIS en la capital de Estados Unidos? El tío, que se yergue derecho, altivo, comienza a hablar. El sonido está algo distorsionado por el viento, pero se entiende lo que dice.

—Obama: tu hora ha llegado. La siguiente masacre se producirá en el mismo corazón de tu país, en tu capital, en D. C. Obama: retira tu apoyo a los rebeldes de Siria o por tus manos correrá la sangre de miles de americanos.

A pesar de la distorsión, la voz me resulta familiar. El encapuchado se quita la máscara y descubre su rostro.

¡Y tanto que me suena la voz!: es la mía. Se trata de mi cara, el tipo soy yo.

Mierda.

2

Antes. Iraq ¿Con qué sueñan los psicópatas?

De rodillas en la arena del desierto, atado, indefenso y a punto de que me corten la cabeza, se me ocurre una idea loca y desesperada, y como es lo único que tengo y estoy a punto de morir, le doy rienda suelta. ¿Qué puede salir «peor»?

Lo primero que hago es gritar. No sé muy bien qué pretendía con ese grito, pero consigue el efecto de llamar la atención de los terroristas que están al mando. Todos esos tipos barbudos se vuelven, clavan en mí sus ojos de psicópatas y puedo adivinar lo que están pensando hacer a continuación (no es difícil: molerme a palos y quemarme vivo) por estropearles el momento, ahora que estaban a punto de comenzar a grabar nuestro pequeño martirio por la causa.

—¡Yo soy de la CIA, joder, yo soy de la CIA! —me pongo a gritar en francés—. ¡Os puedo dar información secreta!

Vale, tal vez no sea el mejor plan de escape del mundo, teniendo en cuenta que no soy de la CIA y que no tengo la menor idea de ninguna información secreta, pero, mierda, ¿tienes alguna idea mejor?

Uno de los yihadistas, un tío con cara de rata que parece ser el que lleva la voz cantante en este tinglado, es el que me mira con más inquina. Dios mío, estos tíos dan miedo. En serio, si no me hubiese cagado ya encima, volvería a hacerlo.

—¡Soy de la CIA! ¡Un agente encubierto! —sigo gritando en francés—. ¡Si no me matáis os puedo dar información confidencial!

Cara de Rata viene hacia mí y me invita cordialmente a que cierre la boca con una patada. Duele. Pero no es nada comparado con lo que

podrían llegar a hacerme.

—¡Eh, tío, yo tengo lo que quieres! —le digo desde el suelo. Creo que he perdido un diente y la boca me sangra, pero espero que se me entienda lo que tengo que decirle.

Deja que antes te cuente algunas cosas sobre Cara de Rata. Resulta que el tío es francés. Tan francés como yo. El hijo de perra habla un perfecto y melódico francés sin rastro de acento. Lo sé porque lo he oído hablar antes con otro de los yihadistas. Por su acento fluido me atrevería a decir que nació en Francia y que pertenece a esa segunda o tercera generación de inmigrantes islámicos desencantados, jóvenes que odian al país de acogida de sus padres y que acaban radicalizándose y enrolándose en las filas yihadistas. En mi opinión, no es que les hayamos hecho nada para que nos odien de esa manera. Estos tíos forman parte de ese pequeño porcentaje de psicópatas que se esconde en cualquier sociedad y que sale a la luz en las guerras, que es cuando las aptitudes psicopáticas te convierten en el más aventajado de la clase. Son la misma clase de sádicos que emergían entre los prisioneros judíos cuando, en los campos de concentración, eran elegidos para vigilar a otros presos y se ponían del lado de los nazis, ensañándose con infinita crueldad con sus propios compatriotas judíos. De hecho, muchos de estos «capos» lo pasaron mucho mejor en los campos que en toda su vida, y muy a menudo eran más duros con los prisioneros que los propios guardias; les golpeaban con mayor crueldad que los hombres de las SS.

A donde quiero llegar es a que, después de que me capturasen en Mosul y antes de que me trajesen aquí, me tuvieron un día entero atado en una especie de almacén. Había dos individuos vigilándome. Uno de ellos era Cara de Rata. El otro (a quien llamaré Apestoso por el hedor que desprendía) también hablaba francés. Me tuvieron un día entero tirado en el suelo con las manos atadas a la espalda. Las paredes eran bloques de hormigón desnudo y el suelo de tierra húmeda regado de fragmentos de cristal. Olía a excrementos y a orín, los míos y los de otros que habrían pasado por allí. Para pasar el rato me habían golpeado un poco, no mucho (solo unas patadas en las costillas y una especialmente dolorosa en la

entrepierna) y yo estaba literal y metafóricamente cagado de miedo. A lo lejos se escuchaban los ecos de las bombas y ráfagas de metralleta. Por supuesto que sabía que me esperaba lo peor, pero aún tenía esperanzas de sobrevivir. Si eres un soldado y tienes la desgracia de caer en manos del ISIS, puedes considerarte bien jodido. Antes los decapitaban, ahora se ha puesto de moda quemarlos vivos. Todo pulcramente grabado en HD con una puesta en escena digna de Hollywood. Locos asesinos. Carnaza para internet.

Pero yo no era un soldado, sino periodista, y a eso me aferraba entonces: los periodistas somos una pieza económicamente más rentable. Aunque locos y asesinos, estos tíos no son idiotas y saben que los gobiernos están dispuestos a pagar mucho dinero para liberar a un periodista y evitar el ruido de los medios de comunicación en la opinión pública. Secuestro con final feliz. Esa era la esperanza a la que me agarraba en aquel momento, tirado en aquella apestosa habitación. Después de patearme un poco, mis dos guardianes dejaron de prestarme atención. El resto del día transcurrió apaciblemente conmigo tirado en el suelo y ellos sentados frente a un pequeño televisor que emitía programas en árabe. De vez en cuando intercambiaban entre sí comentarios en francés. Fue al escuchar su acento perfecto del sur de Francia cuando comprendí que aquellos dos no eran iraquíes, sino franceses de nacimiento. Una pequeña llama de esperanza se avivó entonces en mi interior. Éramos compatriotas, joder. Hablábamos el mismo idioma. Podíamos entendernos. Si les contaba mi historia, si llegaban a conocerme como persona, se compadecerían de mi situación. Eh, que no soy un americano malvado. Solo soy un pobrecito periodista francés. Seguro que podríamos entendernos. Eh, tíos, que yo estoy aquí para denunciar las injusticias que los malvados imperialistas están infligiendo al pueblo iraquí. Eh, que yo solo soy un observador imparcial. Soy el altavoz de vuestras historias. Trabajemos juntos, chicos. Yo seré el testigo de vuestra tragedia y la mostraré al mundo entero...

Más o menos debí decirles algo parecido. Al escucharme, Cara de Rata se levantó de su silla y se dirigió hacia mí. Me atreví a mirarle a los ojos

por primera vez desde que me capturaron. Tiene unos ojos grises y fríos que te hielan la sangre. Se arrodilló junto a mí y me miró fijamente.

—Eres un periodista —me dijo con los ojos destilando odio, pero con voz templada y un perfecto acento francés—. Tú y los que son como tú os habéis burlado de nosotros durante años. Los franceses sois de lo peor que existe, sin más Dios que los placeres terrenales. Tú y periodistas como tú os habéis reído de nuestro profeta. Os habéis reído de lo sagrado. Por eso vas a sufrir el castigo purificador del cuchillo.

Entonces caí en la cuenta de que, ahora mismo, estos tipos odian más a un periodista francés que a un soldado norteamericano. *Charlie Hebdo*. Las caricaturas de Mahoma. Mierda.

No me atreví a decir nada más. La mirada de Cara de Rata me heló la sangre en las venas. Estaba claro que no iban a negociar un rescate por mí. Ser periodista y encima francés me condenaba al castigo purificador del cuchillo aún más que siendo americano. Al menos no había optado por el castigo purificador del fuego. Puestos a elegir, prefiero que me corten el pescuezo a que me asen vivo. No paré de llorar en un buen rato.

Aquellos dos siguieron viendo la tele como si tal cosa, derrumbados sobre sus sillas, con la misma postura relajada que tienes cuando estás viendo un partido de fútbol en tu casa. Imagino que nuestras triviales conversaciones occidentales del tipo «Cariño, no te imaginas lo bien que me ha ido en el proyecto de la empresa hoy» se traduciría en esta otra realidad por un «No veas, Mohammed, cómo gritaban esos occidentales hoy cuando les cortaba el pescuezo». Los tipos zapeaban relajados, charlaban y se reían mirando los ruidosos programas en árabe. De pronto, mis guardianes empezaron a proferir insultos airados, como unos *hooligans* ante una decisión arbitral que perjudica a su equipo. El motivo fue la aparición en la pantalla de unas imágenes del presidente Obama. Le gritaron al presidente todo tipo de lindezas: que era un cerdo, que iba a arder en el infierno, que se mearían y se cagarían en sus hijas (y lo decían con mucha literalidad). Cuando se quedaron medio roncos de tanto vociferar, se tranquilizaron y empezaron a conversar en voz baja. Sin embargo, no se me escapó lo que hablaron en francés:

Cara de Rata: Tenemos que darles una lección que no olviden.

Apestoso: Al Qaeda les golpeó donde más les dolió.

Cara de Rata: Al Qaeda es como un león que está perdiendo los dientes, envejecido, que se tiene que retirar del circo. Tuvieron suerte con el 11-S, pero después ¿qué? Mataron a Osama bin Laden mientras se escondía en su casa detrás de sus mujeres, sin luchar. Fue una muerte humillante. Al Qaeda no ha parado de cometer errores. En pocos años, Al Qaeda estará solo en los libros de historia. Solo quedará el Estado Islámico.

Y van por buen camino —pensé para mis adentros—. Antes de que me capturasen escuché historias sobre miembros de Al Qaeda que se enrolaron en ISIS y salieron horrorizados. Sí, señor, ¡estos tipos son tan despiadados que aterrorizan a otros terroristas!

Cara de Rata: Pero los americanos siempre les temerán a ellos más que a nosotros. Necesitamos nuestro propio 11-S para que nunca nos olviden.

Apestoso: Lo que tenemos que hacer es estrellar un puto avión contra el Capitolio (*golpeándose la palma de la mano con el puño*).

Cara de Rata: Eso es imposible. Han aprendido la lección. Los aviones ya no se pueden secuestrar, hay demasiada seguridad.

Apestoso: Pues una bomba, una bomba atómica.

Cara de Rata: ¿Y cómo vamos a meter una bomba en Estados Unidos? Eso es imposible.

Apestoso: Tiene que haber una manera.

Cara de Rata: Ojalá la hubiera, pero hay demasiada vigilancia; después de lo de Boston nadie ha logrado hacer estallar ni una pequeña mochila.

Apestoso: Tenemos que buscar la forma.

Cara de Rata: ¿Crees que no sueño con hacer algo así?, pero te digo que es imposible.

¿Con qué sueñan los psicópatas? No tengo ni idea, pero lo que sí sé es con qué sueña Cara de Rata: con meter una enorme bomba en los Estados Unidos.

Aquella conversación ha estado dando vueltas en mi cabeza desde que me colocaron en esta fila para cortarme el cuello. Y es precisamente esa conversación lo que me ha dado una idea para librarme de una muerte segura. O tal vez no.

—Soy un agente de la CIA —le digo a Cara de Rata buscando su mirada con desesperación—. Quiero hacer un trato contigo. Déjame vivir y te diré cómo meter una bomba en Estados Unidos. Conozco la seguridad.

Conozco los puntos débiles. Sé cómo hacerlo. Hagamos un trato. Tú me dejas vivir y yo hago que tus sueños se hagan realidad.

Trago saliva. Es justo ahora cuando este hijo de puta debería rociarme con gasolina y prenderme fuego. O algo peor.

Presente. Houston, Texas The Plot Thickens

He visto *Kill Bill* (las dos partes) docenas de veces. Es algo que no admitiría a la ligera y según el interlocutor, sobre todo después de que me criticaron por mis «arrebatos tarantinescos» en uno de los pocos comentarios que generó mi novela en Amazon. Me gustan todas las películas de Tarantino (sí, incluidas *Jackie Brown* y *Django desencadenado*) y admiro esa recreación por los detalles, esas correlaciones tan perfectas de causa-efecto, y, sobre todo: la profundidad de los personajes. Se trata de personajes muy simples, y eso no es malo desde el punto de vista literario. Todos los seres humanos nos movemos siguiendo unos pocos instintos primarios y las emociones se pueden resumir en seis.

Lo que no soy capaz de emular de mi director de cine favorito (y eso que es algo que me encanta) es la manera en la que juega con el tiempo, esos saltos temporales maravillosos, sobre todo en *Pulp Fiction*, donde las piezas del puzle se encajan no siguiendo el orden cronológico de los acontecimientos, sino siguiendo un orden emocional, de descubrimiento, diseñado para el deleite de los espectadores. Es una idea magistral: si tu historia narrada cronológicamente no excita las emociones de tus espectadores como una montaña rusa, prueba a desordenar las escenas hasta que sí lo haga.

Repito, me encanta ese modo desordenado de narrar, pero como escritor no se me da bien jugar con el tiempo. Y estar aquí tumbado en esta cama, en mitad de la noche, viendo un vídeo en el que me presento como un terrorista, aunque no recuerdo nada de lo ocurrido durante los

tres meses en los que estuve secuestrado, me hace sentir fatal. Tener amnesia es como estar en una película desordenada, donde no has visto la escena anterior en el discurrir cronológico de la narración. Una cosa es ver una película y otra sentir que estás dentro de ella, y yo siento que estoy en una película de Tarantino con los espectadores riéndose a mis expensas.

¿Qué demonios significa este vídeo? ¿Qué hago yo vestido como un terrorista, con esas barbas, en pleno Washington, amenazando al presidente Obama? ¿Pero qué locura es esta?

«Obama: tu hora ha llegado.»

Mierda, mierda, mierda.

Merde.

Lo visualizo varias veces y me doy cuenta de que, a pesar del efecto distorsionador, en el vídeo estoy forzando un acento americano, lo cual no tiene sentido. ¿Para qué tratar de ocultar que soy francés y luego descubrir mi cara?

Decido entonces hacer lo obvio, lo que haría todo el mundo, meterme en internet a buscar información sobre mí mismo (de acuerdo, quizás no sea tan obvio, pero he buscado mi nombre tantas veces para descubrir si mis novelas se estaban haciendo populares que buscarme a mí mismo en Google se ha convertido en una vieja costumbre; a lo que debo añadir que nunca me he encontrado, siempre aparecen otros Paul Hébert cuyos méritos, según la docta opinión de esa inteligencia algorítmica que es Google, son más relevantes que los míos).

Búsqueda de Google: Paul Hebert (sin tilde) — Enter.

Oh, guau... Lo primero que me sorprende es que en la primera banda de resultados veo una hilera de fotografías mías.

Imágenes — Enter.

Hay imágenes de la portada de mi libro, fotografías mías hasta de cuando era niño, fotos de mis padres...

Respiro hondo.

En la sección de noticias: Paul Hébert ha despertado (y encima lo han escrito con la tilde).

Compruebo entonces que tengo una entrada en Wikipedia. Joder.

Paul Hébert (periodista y escritor)

Este artículo contiene información de última hora que podría cambiar en cualquier momento.

Saltar a: [Navegación](#), [búsqueda](#)

Paul Hébert Información personal	
Nombre Nacimiento Nacionalidad Alma máter	Paul Jean Hébert 5 de agosto de 1976 Francesa, norteamericana Universidad de París
Información profesional	
Ocupación Empleador Medio Creencias religiosas [editar en wikidata]	Escritor, periodista Les Nouvelles Periodismo Católico

Paul Jean Hébert (Reims, Francia, 5 de agosto de 1976) es un periodista y escritor de nacionalidad francesa y estadounidense. Trabaja para la empresa de noticias francesa Les Nouvelles. El 13 de diciembre de 2015, mientras ejercía como reportero en el norte de Iraq, fue capturado por el movimiento de liberación islámico (ISIS). Sin embargo, y a pesar de aparecer en un vídeo que mostraba las decapitaciones de otros secuestrados, Hébert fue liberado y encontrado en un estado de inconsciencia en Washington D. C. el 24 de febrero de 2016. Tras entrar en coma, despertó el 26 de febrero en un hospital de cuya localización no se ha informado a los medios.

Paul Hébert es el autor del libro *El alijo humano*, un *thriller* ambientado en el mundo del narcotráfico colombiano...

Bla, bla, bla.

Me meto entonces en las noticias —«Paul Hébert está consciente»— que aparecen por todos lados y en todos los idiomas.

Paul Hébert is conscious.
Paul Hébert est conscient.
Paul Hébert è sveglio.

保羅·赫伯特是清醒的。

Busco noticias antiguas.

Clic.

Un periodista francés, entre los prisioneros de ISIS.

Clic.

Nuevo vídeo de la ejecución de ISIS; 5 prisioneros norteamericanos decapitados.

Clic.

Uno de los prisioneros que aparecen en el último vídeo de ISIS, Paul Hébert, podría haber salvado la vida. Paul Hébert, un periodista de nacionalidad francesa y estadounidense, desaparece del plano secuencia del vídeo que muestra las ejecuciones de periodistas norteamericanos.

Clic.

Análisis del último vídeo de las ejecuciones revela las últimas palabras que dice el periodista Paul Hébert antes de desaparecer del plano.

Clic.

«iJe suis un...!» —«iYo soy un...!»

¿Cómo que yo soy un...? ¿Un qué? ¿Un hombre inocente? ¿Un musulmán? ¿Un imbécil?

Clic.

Un psiquiatra analiza el último vídeo de ISIS. Tras estudiar sus expresiones faciales fotograma a fotograma, concluye que Paul Hébert se encontraba en un estado de angustia extrema antes de gritar «¡Je suis un...!».

¿Angustia extrema? ¡Y para eso tienen que consultar a un psiquiatra!
¿Cómo estarías tú antes de que te fueran a cortar la cabeza?

Clic.

Los analistas coinciden: Paul Hébert podría haber sufrido una muerte más violenta que los otros cinco periodistas como castigo por haber gritado mientras se producían las ejecuciones.

Clic.

Paul Hébert presumiblemente muerto.

Clic.

Paul Hébert aparece con vida en EE. UU.

Clic.

Paul Hébert está consciente. Sigue sin desvelarse su paradero; podría encontrarse en un hospital de Los Ángeles.

La mañana me sorprende mientras sigo leyendo toneladas de información sobre mí. Hay incluso una entrevista a mi madre que no soy capaz de ver. Dios, tengo que contactar con ella cuanto antes; supongo que ya sabe que me encuentro consciente.

Estoy a punto de marcar su número en el teléfono cuando una enfermera irrumpe en la habitación.

—Señor Hébert, tiene usted visita.

Mi esposa se despierta y se incorpora.

—¿Cómo estás, Paul? —me pregunta.

—Bien, supongo —le digo, aunque me siento extraño. Es raro que desaparezca un pedazo de tu vida de tus recuerdos. Me siento como si me hubieran robado un billete de lotería con la duda de saber si estaba premiado o no.

Tras la enfermera pasan dos hombres trajeados, y cuando digo «trajeados» quiero decir que más que haberse puesto estos trajes esta mañana parece que estos dos hubieran crecido dentro de ellos.

—Michael Mitchell, agente especial de la CIA —dice el primero, un tipo con una larga barba *hipster* que no pega nada con el traje que lleva.

—Robert Kimball, agente especial de la CIA —dice el segundo, tan afeitado que su cara brilla como untada en aceite.

Noto que me miran con desconfianza mientras me tienden la mano. ¿Desconfianza? ¿Qué rayos? Y entonces me acuerdo del vídeo en el móvil en el que yo mismo aparezco como un terrorista, y un sudor frío me recorre la espalda. ¿Lo habrán visto? Inconscientemente, deslizo el teléfono bajo la sábana.

—P... Paul, encantado de conocerles —respondo con una sonrisa forzada.

—Le van a dar el alta hoy, ¿no es así? —pregunta el imberbe. Tiene el cuerpo como congelado, solo mueve la cabeza encima de ese bloque petrificado en que acaban de convertirse sus hombros.

—Eso parece.

El de la barba sonrío, pero sus ojos ni se enteran de la sonrisa. También tiene el cuerpo tenso, como si estuviera apretando los músculos debajo del traje.

Beatriz se acerca a mí. Me da un beso en una mejilla mientras me acaricia la otra con la mano. Cierro los ojos y por un segundo noto el amor que le profeso como una enorme vibración que hace estremecer el espacio y el tiempo en un destello de luz. Beatriz se va y los señores de la CIA y yo nos quedamos frente a frente.

Se siente uno tan indefenso estando semidesnudo, cubierto por una sábana, frente a dos hombres armados con cara de mala uva. No sé por

qué, tiendo a protegerme los huevos con las manos, debajo de las sábanas, como si estos dos grandullones fueran a pateármelos.

—Señor Hébert, tengo que ir al grano —dice el Barbas, ladeando la cabeza—. Lo primero que debo indicarle es que lo que tenemos entre manos es un asunto de seguridad nacional. En este momento los medios no conocen su paradero, pero se enterarán a lo largo del día. Más de la mitad del personal de este hospital conoce su presencia, y, aunque se les han dado órdenes de no decir a nadie que está usted aquí, alguien le va a decir algo a su marido, a su mujer, a un amigo..., y la noticia llegará irremediablemente a los medios. Le digo todo esto porque, cuando eso ocurra, le van a llover ofertas de entrevistas y no debe usted decir ni una palabra: nada de comentarios, y mucho menos entrevistas, al menos por ahora.

—De acuerdo —respondo sin entender nada. El tío me mira con seriedad, pero con las facciones relajadas.

—Señor Hébert —dice el otro—: su doctor nos ha informado de que sufre usted amnesia traumática y que no recuerda nada de lo ocurrido. Acláreme algo: no recuerda nada ¿a partir de qué momento?

—Lo último que recuerdo es que me iban a cortar el cuello.

Ambos hombres se miran. Si tensaran el cuerpo un poco más se les reventaba una vena.

—Mierda. Qué conveniente —susurra el Barbas.

Merde?

—Veamos, señor Hébert —dice el agente afeitado, asintiendo levemente—; estamos aquí para intentar esclarecer las circunstancias de su liberación. Necesitamos su ayuda.

—¿Mi ayuda? Pues díganme...

—Queremos que nos cuente todo lo que vio y oyó mientras estaba prisionero.

—Ya les he dicho que no recuerdo nada. Verán..., yo estaba trabajando en un reportaje en Mosul, iba a entrevistarme con un grupo de rebeldes kurdos, y entonces atacaron el convoy en el que viajaba. Eran yihadistas del ISIS. Cuando vieron que yo era periodista y extranjero me capturaron.

Me tuvieron atado un día en una especie de almacén, eso lo recuerdo perfectamente —cierro los ojos con un estremecimiento. Recuerdo a dos individuos hablando frente a un televisor, recuerdo las amenazas y estar cagado de miedo—. Después, al día siguiente, me sacaron al exterior y me colocaron en una fila de prisioneros. Nos iban a ejecutar. Eso también lo recuerdo. Estaban a punto de cortarme el cuello. Y después nada.

—¿Nada?

—¿No recuerda absolutamente nada?

—No, es como una especie de vacío.

—¿No sabe cómo llegó a los Estados Unidos? ¿No recuerda por qué lo soltaron?

—¿No lo saben? —pregunto atónito—. ¿No me liberaron ustedes? No ustedes dos personalmente, claro. ¿Cómo iban con esos trajes a irse a Iraq...? Me refiero a la CIA, al ejército, a las fuerzas de seguridad...

—No, señor Hébert, nuestros servicios de inteligencia no intervinieron en su liberación.

—Entonces ¿cómo...?

—Exacto, «cómo». Eso es lo que queremos saber. Por eso estamos aquí, necesitamos que usted recuerde.

3

Antes. Iraq

Sócrates tenía razón

Buenas noticias. Sigo vivo.

Malas noticias. Sigo prisionero.

Dios mío. Mi farol ha funcionado. Tal y como había imaginado, la posibilidad de sacarle información a un agente de la CIA ha sido demasiado tentadora para Cara de Rata. Lo malo es que yo no soy ningún agente de la CIA y no voy a poder contarle lo que quiere saber, así que mi engaño no va a durar mucho. Solo he ganado tiempo (¿días?, ¿horas?, ¿minutos?). Mientras hay vida hay esperanza.

De momento me han sacado de la fila de ejecución y me han llevado a una especie de celda sumida en una penumbra casi opaca. Los olores, intensos, repugnantes, me importan cada vez menos. Aunque está oscuro me doy cuenta de que no estoy solo. Escucho respiraciones y gemidos. Cuando se me acostumbra la vista, alcanzo a distinguir tres siluetas tendidas en el suelo. Prisioneros. Por cómo gimen de dolor y se lamentan tengo la horrible sospecha de que han sido torturados.

Mis dedos recorren la rugosa superficie de las paredes. La celda debe de tener apenas unos cinco metros de ancho y otros tantos de largo, y no hay ventanas. La puerta es de madera, pero cuando intento empujarla me doy cuenta de que tiene un sólido cerrojo al otro lado. ¿Qué esperabas, Paul? ¿Fugarte empujando una puerta?

Mis intentos de echarla abajo solo sirven para que un halo de luz se cuele por la rendija del marco, eximiendo a esta estancia de la obscuridad absoluta.

—No hay escapatoria, amigo. Estamos jodidos —dice una voz resquebrajada con acento americano; las eses suenan más a zetas que a eses, seguramente porque le faltan algunos dientes.

La voz proviene de uno de los hombres que está tendido en el suelo, cuya silueta apenas distingo. En la penumbra opalescente miles de motas de polvo bailan a su antojo por el aire.

—Tiene que haber una forma —respondo por fin sin demasiada convicción.

—¿De qué grupo eres? Nunca te había visto —insiste la voz al otro lado de las tinieblas.

—¿A qué te refieres?

—No hace falta que disimules. Ahora no pueden escucharnos. No son tan listos como para colocar micros aquí dentro.

—No te entiendo... —respondo confuso.

—He oído lo que decían cuando te han traído. Eres un agente encubierto.

—Yo..., eh..., sí —balbuceo mirando a mi alrededor. No estoy tan seguro de que no haya micrófonos o algún modo de que nos estén escuchando y no voy a echar por tierra mi engaño—. Soy del SOG —le digo.

—Eso ya lo sé, pero de qué grupo operativo has salido.

La verdad es que no sé qué responderle. Y lo peor es que cuando Cara de Rata me interrogue tampoco sabré qué decirle, y entonces sí que estaré bien jodido.

¿Qué sé yo de la CIA? Algo, cierto, pero no mucho. Resulta que mi novela es un *thriller* que tiene como protagonista a un agente de la CIA. Para escribirla leí algunas cosas sobre el funcionamiento de la Agencia. Básicamente, lo que sé es que la División de Actividades Especiales, SAD, del inglés Special Activities Division, forma parte del Servicio Nacional Clandestino (NCS), un grupo dentro de la CIA responsable de llevar a cabo operaciones encubiertas conocidas como «actividades especiales». Dentro del seno del SAD hay dos grupos operativos diferenciados: el Grupo de Operaciones Especiales (SOG) para las operaciones paramilitares tácticas, y el Grupo de Acción Política (PAG) para las operaciones políticas

encubiertas. El Grupo de Operaciones Especiales (SOG) es el departamento interno del SAD encargado de la recolección de información de inteligencia militar en regiones y países hostiles, y también de todas las altamente peligrosas operaciones militares o de inteligencia en las cuales el Gobierno de Estados Unidos no quiere que se le implique. Como tales, los miembros de la unidad (llamados agentes de operaciones paramilitares y oficiales de formación especializada) generalmente no llevan objetos o vestimentas que los vinculen con el Gobierno norteamericano (por ejemplo, uniformes militares). Si los operativos son descubiertos o están comprometidos durante una misión, el Gobierno de los Estados Unidos puede negar todo conocimiento. En la práctica eso significa que quedan abandonados a su suerte.

Así que tengo claro que si fuera un agente de la CIA y estuviera en una misión secreta en Iraq, entonces pertenecería al SOG, pero poco más podría contarles a los terroristas. Sin embargo, parece que la suerte está de mi parte (no, claro que no, maldita sea) y tengo frente a mí a un agente de la CIA auténtico. A lo mejor puedo averiguar algunas cosas para hacer más real mi identidad.

—¿De qué grupo operativo eres tú? —le pregunto.

—Del MK 205.

—Yo soy del AX 700.

—¿Trabajabas con Arthur Block?

Está claro que me está poniendo a prueba. No puede ser que me acabe de inventar el AX 700 y resulte que no solo existe, sino que este tipo conoce a alguien que trabaja allí.

—No hay nadie llamado Arthur Block.

—Y tampoco hay ningún grupo que se llame AX 700. ¿Por qué mientes? ¿Te crees que soy un espía doble?

—No me fío de nadie.

Se incorpora con dificultad y se acerca a mí renqueante. Mis ojos se han logrado adaptar a la penumbra y consigo distinguir los rasgos de su rostro. Preferiría no ser capaz de ver nada. Doy un respingo hacia atrás. Su cara. Dios mío. ¿Cómo describirla? Lo único que me viene a la mente es

una *pizza* de carne picada con mucha salsa de tomate. El brazo derecho le cuelga inerte como una soga. Dios mío, cómo es posible que el codo esté en ese ángulo... ¿Qué le han hecho a este pobre tipo?

—Tú no eres de la CIA. Eres un puto farsante.

—No, no soy un agente —admito. Supongo que no tiene sentido intentar fingir algo que no soy ante alguien que sí lo es.

—¿Por qué les has dicho que eras un agente? ¿Te has vuelto loco?

—Para seguir vivo. Les dije que tenía información secreta sobre las operaciones de la CIA en Iraq. No van a matarme porque quieren averiguar lo que tengo que contarles.

—¿Y qué crees que va a pasar cuando te interroguen y no tengas nada que darles?

Me encojo de hombros. Se me encoge el estómago. Solo quiero encogerme y desaparecer.

—Te torturarán, gilipollas. ¡Y no podrás decirles nada porque no sabes nada! —Suelta una carcajada bastante desagradable, acompañada de una aspersion sanguinolenta. Me acabo de dar cuenta de que no le quedan muchos dientes al pobre tipo—. ¡Yo hubiese dado cualquier cosa por que me cortasen rápidamente el cuello! —grita enloquecido—. ¡Y tú vas y les dices que eres un espía! —chilla sin parar de reír como un loco. La verdad, no sé qué es lo que encuentra tan gracioso—. ¿Sabes lo que me han hecho? ¿Sabes lo que he tenido que sufrir aquí? ¡Tu podrías estar muerto ya, idiota! ¡No sabes cuánto te vas a arrepentir!

Ahora se pone a llorar. Se retira hacia un rincón y se tumba hecho un ovillo. Me desplomo en el suelo con la espalda apoyada en la fría pared. Mierda. Creo que la he cagado bien. Hace diez minutos no morir era lo único que me importaba. Cuando esos psicópatas de ahí fuera empiecen a trabajarme el cuerpo, lo único que voy a querer es morir.

—Puedo engañarlos. Tú eres un agente de verdad. Cuéntame cosas. Dime lo que tengo que decirles para que me crean.

—¿Piensas que he soportado todo lo que me han hecho sin abrir la boca y ahora te voy a revelar a ti mis secretos para que se los cuentes a ellos?

—Solo algunas cosas sin importancia. Necesito ganar tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Para escapar.

—¿Vas a cavar un túnel, Andy Dufresne? Estamos en un puto zulo sin salida y mañana esos tíos empezarán a hurgar en tus tripas.

Intento no dejarme llevar por la desesperación, pero una corriente desbocada me arrastra como un muñeco de trapo hacia un oscuro agujero de pesadilla. El corazón me late tan fuerte que me va a romper las costillas. Nunca he entendido a la gente que disfruta viendo películas de terror. No te imaginas cómo es encontrarse dentro de una.

Algo en la textura del silencio, en la obscuridad que nos rodea, me hace pensar que ha caído la noche. El único sonido son las respiraciones agitadas de mis compañeros de encierro. Aparte de mi «colega» de la CIA, los otros dos hombres no se han movido. Sé que están vivos porque escucho sus gemidos y lamentos. Parecen bastante fastidiados. Calculo que mañana yo estaré como ellos.

Es jodido enfrentarse a la tortura cara a cara, te lo aseguro. Si tan solo pudiera parar el tiempo, prolongar estos segundos en los que estoy infinitamente mejor de lo que estaré mañana... Pero mañana llegará y pasará. El tiempo no perdona. Los minutos y las horas en las que sufriré una horrible agonía acabarán teniendo lugar. Y después estaré muerto.

Vamos a ver..., tarde o temprano iba a morir. La gente del Medioevo tenía una esperanza de vida de treinta años. Con mis cuarenta yo sería una especie de venerable anciano longevo. ¿De qué me quejo?

¿Y si, pongamos el caso, estaba predestinado a morir, de un modo u otro, precisamente mañana? Vamos a suponer que no he venido a Iraq, que estoy en una realidad alternativa, en mi casa de Pasadena disfrutando de una estupenda velada de amargura y alcohol. Al día siguiente, mañana, cojo el coche para ir al trabajo y muero en un horrible accidente de tráfico. Pero no muero en el acto. Mi cuerpo permanece atrapado entre los hierros durante horas hasta que los servicios de emergencia me rescatan. Muero entre espasmos agónicos antes de llegar al hospital. Podría pasar perfectamente. De hecho pasa. Seguro que mañana alguien, en alguna

carretera de América, va a morir así. ¿Y si yo estaba predestinado a ser esa víctima, de no haber viajado a Iraq? En esa realidad paralela, a estas horas estaría en mi sofá tranquilamente, ahogando mi amargura en whisky, dichosamente infeliz. En ambas realidades estaría igualmente predestinado a morir. La única diferencia entre mi situación actual y la de mi hipotética muerte en un accidente de tráfico es que yo sé que voy a morir y mi yo paralelo no sabe que va a morir. Aquí estoy a punto de colapsarme por desesperación mientras mi yo paralelo se pasa la velada despreocupado, ignorando su destino. Así que ¿por qué no tomarme el resto de la noche con la misma apatía?

Empiezo a entender la tortura de un condenado a muerte. Desde que dictan sentencia, su vida es un infierno del que no puede escapar. A lo mejor resulta que el juez que ha dictado sentencia acaba muriendo antes que el condenado (cáncer, accidente de tráfico, una bala en la cabeza). La gente muere continuamente, y, sin embargo, ese juez vivirá el resto de su tiempo feliz porque ignora lo cercana que se encuentra su muerte, mientras que para el condenado que lo sobrevive cada segundo resulta angustiante.

Así que debería tumbarme tranquilamente y dejar que el momento llegue y pase.

Sócrates: En el fondo, la angustiante conciencia de la muerte es lo que nos hace humanos. Sin eso, nada nos distinguiría de los animales.

Paul: ¿Qué quieres decir?

Sócrates: Una vaca que va a ser sacrificada no puede sentir angustia ante la inminencia de la muerte. A ese animal es imposible hacerle entender que va a morir. Los animales carecen de la conciencia abstracta de la muerte. Es lo que nos diferencia y nos separa a los seres humanos de las bestias.

Paul: Supongo que lo que quieres decir es que la muerte de un animal no tiene el mismo valor que la muerte de una persona porque la bestia no tiene conciencia de su propia muerte. Pero ¿acaso los animales no sienten el dolor igual que nosotros?

Sócrates: Así es. Los animalitos sienten el dolor, pero ¿ese dolor puede ser comparable al sufrimiento de una persona? Yo digo que no. En el hombre, el dolor es trascendido por la conciencia de que ese dolor conduce a la muerte, y es esa conciencia lo que realmente transforma el dolor en insoportable. Resulta que nuestra interpretación del sufrimiento

modifica cómo lo experimentamos. El dolor puede ser dominado por nuestra inteligencia, mientras que una bestia jamás podría.

Paul: El dolor es dolor, y no veo cómo puedo cambiarlo con la mente.

Sócrates: Te lo explicaré con una parábola. Si todos los días, a la misma hora, sintieses un terrible dolor agudo en el estómago, un dolor inexplicable, gratuito, un dolor que no pudieras evitar ni paliar, seguramente ese dolor te haría muy desgraciado. Irías por la vida temiendo que llegase esa hora del día en la que te asalta el dolor. Llegaría un momento, después de muchos días, en el que solo vivirías para huir del dolor, y tu vida entera perdería sentido. Ahora imagina que ese dolor te lo produjese la inyección de una medicina que evita que padezcas un cáncer fatal. La medicina te está salvando la vida, y ese pinchazo diario te está permitiendo vivir y llevar una vida normal. El dolor tendría la misma intensidad que cuando no tenía explicación, pero ahora que tiene una finalidad asumirías el dolor y no sería tan terrible. Al contrario, esperarías con alegría el momento del dolor porque significaría más vida. La intensidad del dolor sería exactamente la misma en los dos casos. Sin embargo, en el primero te conduciría a una completa infelicidad, mientras que en el segundo podrías llevar una vida plena. Entonces ¿todo depende de cómo nos tomemos las cosas, o no?

Nietzsche: El animal más sufriente de la tierra se inventó para sí mismo la carcajada.

Buda: El dolor es inevitable, pero el sufrimiento es opcional.

Sócrates: ¿Y a vosotros quién os ha invitado a esta conversación?

Me despierto con un sobresalto. Al parecer me he quedado dormido. O más bien he estado delirando. Llevo cuarenta y ocho horas sin dormir desde que me secuestraron y mis ideas viajan en todas direcciones mientras el corazón bombea sangre con una fuerza nunca vista. Lo que me ha sacado de mi delirio ha sido un enorme estruendo, como si nos hubiese caído una bomba encima. Eh, eso es exactamente lo que nos ha pasado. ¡Acaba de caernos una bomba!

Se oyen gritos y disparos de metrallera. El polvo flota a mi alrededor como una espesa niebla. Cuando consigo ponerme en pie y enfocar la mirada, me doy cuenta de que la explosión ha producido un enorme agujero en nuestra celda. Gran noticia, de no ser por un pequeño problema: el agujero está en el techo, a tres metros sobre nuestras cabezas. Mierda.

Observo el agujero como náufrago que mira una isla desierta, incluso imagino una brizna de aire fresco que viene de fuera, de la noche, de la libertad. Mis tres compañeros, moviéndose muy despacio, acaban poniéndose de pie alrededor de la abertura del techo, mirando hacia arriba

como si contemplasen una deidad. Se divisan las estrellas, que desprenden una calma sobrecogedora.

Me fijo en los demás. Parecen muertos vivientes, almas en pena, igual que los judíos cuando alcanzaban la categoría metafórica de «musulmanes» en los campos de concentración nazis (qué irónico resulta eso de «musulmanes» ahora). Apenas pueden tenerse en pie, deben de llevar semanas o meses prisioneros. Por las visibles heridas es obvio que los tres han sido torturados. Todos tienen articulaciones dislocadas y fracturas, además de la piel en carne viva en muchas partes. Van vestidos con harapos y uno de ellos lleva un brazo en un cabestrillo improvisado con telas. Otro tiene el cuerpo encogido como si se doliese de una herida en el pecho. Yo, sin embargo, estoy perfectamente, al menos físicamente hablando; todo lo que me han hecho hasta ahora ha sido darme un susto simpático.

Extiendo los brazos hasta el techo, pero el agujero está a una altura inalcanzable.

—Ayudadme —les digo—, itenemos que hacer esto ya!

Mis nuevos camaradas se agrupan en torno a mí, pero en el momento en el que me apoyo en ellos para que me aúpen aúllan de dolor. Tienen los hombros dislocados, algunos tienen los brazos rotos. Intentar elevarme con su ayuda es como subir una escalera destrozada y quejumbrosa.

Tomo una decisión en segundos. Entrelazo mis manos con las palmas hacia arriba y me inclino, ofreciendo el apoyo.

—Soy el único con fuerzas para aupar a los demás. Si escapáis podréis encontrar ayuda y volver para rescatarme.

Uno de ellos apoya un pie en mis manos y se agarra a mis hombros. Lo alzo sin demasiada dificultad hasta que medio cuerpo asoma por el agujero. El tipo desaparece al otro lado del techo. Repito la operación con los otros dos. Cuando le llega el turno a mi colega de la CIA, nos miramos a los ojos.

—Por favor, no te olvides de mí —imploro.

—Hay un comando de marines a solo cinco kilómetros de aquí. Conozco sus coordenadas. Es una incursión secreta. Llegaremos hasta ellos.

Trepa por mis hombros y desaparece en el techo. Cuando está arriba me mira desde la abertura.

—Te debo una. Vendremos a buscarte —promete antes de desaparecer.

Le deseo con todas mis fuerzas que consiga escapar. Es mi única oportunidad. Después maldigo mi suerte. Las bombas siguen cayendo a nuestro alrededor. Debemos de estar sufriendo un bombardeo a posiciones yihadistas. Rezo por que una bomba caiga sobre mi cabeza.

«Dios, haz que una de esas bombas caiga sobre mi cabeza.»

Supongo que todos los tipos que hay por aquí estarán rezando a Alá para que suceda lo contrario.

«Alá, haz que ninguna de esas bombas caiga sobre nuestras cabezas.»

Dios y Alá deben de estar enfrascados en una discusión acalorada en estos momentos.

No creas que solo me dedico a divagar chorradas sin hacer nada. Mientras divago chorradas estoy saltando con todas mis fuerzas, intentando alcanzar los bordes de la abertura en el techo. Ya lo sé. Es tan patético que no debería habértelo contado. Mido un metro ochenta. Con los brazos extendidos puedo alcanzar los dos metros treinta aproximadamente. El techo está a unos tres metros, como una canasta de baloncesto. Eso significa que tendría que saltar unos setenta centímetros para alcanzarlo. Mi capacidad de salto es bastante inferior. Aun así, lo intento. Todo el mundo ha oído eso de la madre que levantó un camión para salvar a su hijo, ¿no? Pues voy a ver si es verdad. Pero no. Tomo carrerilla..., un par de zancadas, salto... Las puntas de mis dedos pasan a unos treinta centímetros del techo. Lo sigo intentando una y otra vez. Parezco un idiota.

¿No dijo alguien eso de que la muerte te hace correr más de lo que es posible, saltar lo imposible?

Va a ser que no, me parece a mí.

Supongo que Dios y Alá se están desternillando con mis patéticas acrobacias y se han olvidado de dirigir una pequeña bomba hacia aquí.

De pronto se hace el silencio. El bombardeo ha cesado. Me quedo plantado en mitad de la celda, agotado y con los músculos de las piernas doloridos de tanto salto. Está claro que no lo voy a conseguir. Mi única esperanza es que vengan a rescatarme. Saben dónde estoy. Solo necesito ganar un poco de tiempo.

La puerta de la celda se abre de un golpe. Al otro lado aparece Cara de Rata. Sus ojillos brillantes y malignos recorren la estancia. Aguardo su reacción de rabia cuando descubra que los otros tres han escapado, pero veo cierto alivio en su rostro al ver que yo sigo aquí. No creo que sea porque me ha tomado cariño.

—¡Vamos! ¡Fuera! —ordena.

—Esta habitación me parece bien. Las goteras no me molestan —digo señalando con ademán despreocupado a la abertura del techo—. ¿A qué hora sirven la cena?

Entonces sucede lo que más estaba temiendo. Entran dos tipos y me sujetan de los brazos mientras me atan las manos a la espalda. Después me cubren la cabeza con una capucha y me sacan a empellones. En la oscuridad, trastabillo hasta que me hacen subir a una especie de plataforma de chapa. Siento la vibración de un motor que se pone en marcha. Estoy dentro de un camión. Nos alejamos. Cuando mi colega de la CIA regrese para rescatarme se va a encontrar una base desierta.

Debería pensar que mis probabilidades de sobrevivir han aumentado. Ahora la CIA sabe que estoy prisionero y vendrán a rescatarme. Le he salvado la vida a uno de sus agentes. Me merezco que envíen por lo menos a la 4.^a División de Infantería a buscarme. Hay una forma optimista de verlo: sigo vivo, y cada minuto que sigo vivo aumentan mis probabilidades de seguir viviendo.

También contemplo un enfoque pesimista. No todo va a ser alegría. Verás, no puedo quitarme de la cabeza la cara de alivio de Cara de Rata al descubrir que yo no me había escapado. El tipo cree que soy un agente de

la CIA. No parecía preocupado porque el otro agente de la CIA (el verdadero) hubiese desaparecido. Supongo que ya lo habrá torturado bastante y que planeaba cargárselo pronto de todas maneras. Ahora tiene un agente nuevecito para torturar desde el principio y al que sacarle toda clase de información. Se estará preguntando cuánto dolor soy capaz de resistir antes de confesar. Te aseguro que muy poco. El problema es que no tengo nada que confesar. Así que va a pensar que puedo resistir mucho dolor, *ergo* incrementará el dolor.

Más vale que se me ocurra algo, o lo voy a pasar francamente mal.

Presente. Houston, Texas

La dialéctica de Landa

Malditos bastardos, la sexta película de Quentin Tarantino, tiene lugar durante la Segunda Guerra Mundial. Aunque el título original es *Inglorious Basterds*, hay muchas escenas completamente gloriosas y hay una que para mí siempre sobresale sobre las demás: la de la visita que hace el coronel Landa, un nazi conocido como «el cazador de judíos», a un granjero francés llamado Perrier LaPadite. El granjero vive en una casa de madera muy acogedora en un páramo idílico de la campiña francesa y tiene tres hijas preciosas. El coronel Landa, un tipo brillantísimo y sin escrúpulos, cuya misión en Francia (tal como indica su apelativo de «cazador de judíos») es la de encontrar y capturar judíos escondidos, sospecha que el granjero LaPadite esconde o conoce el paradero de sus antiguos vecinos judíos. El granjero LaPadite no es ningún imbécil. Cuando ve acercarse el convoy de motocicletas nazis se echa agua en la cara y se prepara, como un boxeador antes de un combate, para la entrevista con el implacable coronel Landa. Ya ha escuchado hablar de él, y sabe que viene para sonsacarle información, pero no se imagina hasta dónde alcanza la inteligencia demoniaca de Landa. Durante el interrogatorio, dentro de la casa de LaPadite, se produce una batalla de ingenio que parece una partida de ajedrez. El espectador cree que Landa está presionando a LaPadite para que revele su gran secreto: que tiene a sus vecinos judíos escondidos bajo el maderamen del suelo. Pero no es así, y eso es lo mejor de todo: el coronel Landa sabía, desde el principio de la escena, no solo que LaPadite tenía escondidos a los judíos, sino incluso el lugar exacto en el que se encontraban. ¿Cómo lo supo? Landa ya tenía

conocimiento de LaPadite antes de la entrevista, algo que se revela en varios detalles (sabe que fuma en pipa, que habla inglés) y presiente que no va a ser tan sencillo sonsacarle, pero también sabe que el granjero tiene un punto débil: sus hijas. Cuando el coronel entra en casa de LaPadite, las hijas están dentro. En vez de indicar que deben salir de la casa inmediatamente, Landa permite que se queden unos minutos y las observa con la máxima atención. Las pobres muchachas están, comprensiblemente, muy nerviosas ante la presencia de un coronel nazi, y una de ellas desvía la mirada al suelo disimuladamente un par de veces. Aquí es donde me mata el genio de Tarantino, que se asegura de que, en una de esas ocasiones en las que la chica mira al suelo, el espectador vea en el mismo plano a Landa mirando a la chica. Es en ese momento cuando ya sabe dónde se encuentran sus codiciados judíos, pero, evidentemente, no se va a perder el placer de torturar a LaPadite con su interrogatorio. La partida está ganada desde el principio, como si Landa se hubiera comido la reina de LaPadite en el primer movimiento. El problema para LaPadite es que no lo sabe. Landa invita a las chicas a abandonar la casa y comienza su interrogatorio, primero con extrema amabilidad y cortesía, cambiando luego a un tono cada vez más siniestro y amenazante que le doblega y humilla hasta el punto de obligarle a señalar el lugar exacto en el que se encuentran sus protegidos.

Mi situación en estos momentos me recuerda a la del granjero LaPadite, solo que, en lugar de una familia de judíos bajo el suelo, yo escondo bajo la sábana un móvil con un vídeo en el que aparezco disfrazado como un terrorista. Y no sé si estos dos agentes de la CIA que han venido para hacerme preguntas conocen ya la existencia del vídeo, del mismo modo que el coronel Landa ya conocía el paradero de los judíos antes de empezar el interrogatorio.

—O sea, que, señor Hébert, lo último que usted recuerda es que le iban a cortar el cuello. Su memoria se termina exactamente en ese momento —resume el agente imberbe.

—Exacto —contesto ni muy serio ni muy amigable, en el punto exacto de seriedad, entre el «entiendo que esto es muy importante» y «en el fondo no es para tanto».

Los agentes se vuelven a mirar. Parecen frustrados.

—Queremos que vea este vídeo, señor Hébert —dice el Barbas y me pone en las manos un iPad.

Durante un instante una punzada de angustia me mantiene en suspenso. ¿Me van a enseñar el mismo vídeo que yo he encontrado, en el que soy un terrorista barbudo que amenaza al presidente Obama? Enseguida compruebo que no es así.

Play.

Vuelvo a verme a mí mismo en mitad de una llanura desértica vestido con un traje naranja. A mi lado hay una hilera de otros cuatro prisioneros. El agente imberbe le ha quitado el sonido al iPad, pero veo a los yihadistas apuntando al frente con sus cuchillos; sin duda están diciendo, en inglés, que Obama es un bastardo y que nuestra sangre está en sus manos. Me veo un poco extraño, desde otro punto de vista. Siento que se me revuelve el estómago.

—Sabemos que esto es desagradable —reconoce el barbudo—, pero debe usted ver lo que pasa a continuación.

Aunque la imagen está tomada a cierta distancia, distingo bien mis rasgos faciales. Recuerdo perfectamente el momento de angustia al verme ante la muerte, lo recuerdo no por lo que estoy viendo en el vídeo, sino porque esa vivencia está en mi cabeza, no la he olvidado. Y entonces se produce una transformación. Lo veo en mi cara. Es como si estuviese mirando algo que no ven los demás; es la cara de alguien que tiene una revelación, la cara de alguien que trasciende sus propias circunstancias y se enfrenta a su destino con una resolución que no conoce fisuras. La cara que veo en la pantalla me sobrecoge porque ese ya no soy yo. O sea, sigo siendo yo, pero ahora es el yo que no puedo recordar, el yo que ha desaparecido de mis recuerdos. Ese yo que no puedo recordar abre la boca, como si estuviera gritando.

«Je suis un...!»

—Los terroristas cortaron la grabación justo aquí —indica el agente imberbe—. Es evidente que usted ha gritado algo en ese momento; vea cómo se vuelven todos los demás. Entonces es cuando pasa algo que no entendemos.

El plano de repente se corta y ahora en lugar de cinco prisioneros hay solo cuatro. Yo me he esfumado.

—Ver esto debe de ser muy duro para usted —comenta el Barbas—. Siento mucho por lo que está pasando.

—Bueno, al menos escapé vivo. Los otros no tuvieron tanta suerte.

—Créame, señor Hébert —interviene el otro—, el agente Kimball y yo tenemos varios amigos que han pasado experiencias de guerra muy duras y comprendemos lo difícil que es esto para usted, y que seguirá siendo.

—Bueno, esa parte se la habrá indicado ya el doctor —interrumpe su compañero.

—¿A qué se refiere? —pregunto.

—El agente Kimball tiene razón —responde el barbilampiño—. Esa es una cuestión estrictamente médica entre su doctor y usted, le pido disculpas por haberlo sacado a colación.

Miro a los dos como un corderito degollado, y es que ardo en curiosidad por saber de qué están hablando. Kimball rompe por fin el silencio.

—Mire, señor Hébert, y esto no se lo digo como doctor, por supuesto...

—Por supuesto —le insto a seguir—, por Dios, ¿de qué me está hablando?

—Usted cree que se encuentra bien ahora, eufórico incluso, simplemente por seguir vivo, pero los episodios vividos volverán a usted durante semanas, meses, tal vez años, es lo que se llama PTSD.

Post Traumatic Stress Disorder —desorden de estrés postraumático—, pienso para mis adentros.

—De hecho, es posible que su amnesia se haya producido como un mecanismo de defensa para protegerse de esos recuerdos traumáticos.

—Entiendo.

—Lo que le queremos pedir es un favor enorme, señor Hébert, pero le recordamos que es un asunto de interés nacional.

Asiento. Hablan por turnos, como si jugaran al tenis.

—Si usted siente que vuelven los recuerdos, no intente, por así decirlo, evitarlos; debe usted intentar recordar, aunque le resulte doloroso y, en cuanto recuerde algo, lo que sea, llámenos inmediatamente.

Asiento una vez más.

—¿Tenemos su palabra?

—Por supuesto; de hecho, quería enseñarles algo.

Supongo que ha llegado el momento de mostrarles el vídeo que he encontrado en mi iPhone.



Juan Gallardo. Nacido en 1973, profesor de secundaria. Es colaborador de la conocida revista *on-line Indyrock*, donde ha escrito decenas de críticas musicales y cinematográficas. Antes de escribir ficción trabajó en la documentación de las novelas de Rafael Avendaño. Su experiencia docente en Estados Unidos le ha permitido conocer a fondo la vulnerabilidad de los adolescentes en las redes sociales, una realidad que ha trasladado a sus novelas. Es coautor de *Todo lo que nunca hiciste por mí* (Grupo Planeta, 2014) y *Las flores de otro mundo* (Grupo Planeta, 2016).



Rafael Avendaño. Nacido en 1973, ingeniero diseñador de redes de fibra óptica. Ha publicado las novelas *La decisión* (Ficcionbooks, 2012), *Los eternos* (Grupo Ajec, 2011), así como una antología de sus cuentos más premiados titulada *Horizonte de sucesos y otros relatos* (Parada Creativa, 2012). Durante años colaboró con el portal de escritores *EscuelaLiterariadelSur.org*, y ha escrito el manual *El arte de novelar* (Senzala, 2011). Es coautor de *Todo lo que nunca hiciste por mí* (Grupo Planeta, 2014) y *Las flores de otro mundo* (Grupo Planeta, 2016).

Web oficial del libro: <http://hyperlinknovelas.com>
Síguenos en <https://www.facebook.com/hyperlink1>

El prisionero

Juan Gallardo - Rafael Avendaño

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Juan Gallardo - Rafael Avendaño, 2016

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Dropoflight / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2016

ISBN: 978-84-08-15774-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Todo lo que nunca hiciste por mi

Rafael Avendaño/Juan Gallardo

El fotógrafo de paisajes

Mercedes Pinto

La extranjera

Astrid Nilsen

La ciudad de las tormentas

Jesús Miguel Martínez

El viaje

Miguel Siso-Fernández

En busca de la Tierra Hueca

Nelson Poblete